

**NOMBRARLAS PARA QUE EXISTAN: UN ACERCAMIENTO PERIODÍSTICO A
LAS HISTORIAS DE MUJERES QUE HAN HECHO COMUNICACIÓN SOCIAL Y
PERIODISMO EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO EN EL CAUCA**

VERÓNICA LUQUE SÁNCHEZ

**CORPORACIÓN UNIVERSITARIA COMFACAUCA – UNICOMFACAUCA
FACULTAD DE HUMANIDADES, CIENCIAS SOCIALES, ARTES Y DE LA
EDUCACIÓN
POPAYÁN – CAUCA**

2026

**NOMBRARLAS PARA QUE EXISTAN: UN ACERCAMIENTO PERIODÍSTICO A
LAS HISTORIAS DE MUJERES QUE HAN HECHO COMUNICACIÓN SOCIAL Y
PERIODISMO EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO EN EL CAUCA**

VERÓNICA LUQUE SÁNCHEZ

MODALIDAD: PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

DIRECTORA: PAOLA ANDREA MARTÍNEZ ACOSTA

**CORPORACIÓN UNIVERSITARIA COMFACAUCA – UNICOMFACAUCA
FACULTAD DE HUMANIDADES, CIENCIAS SOCIALES, ARTES Y DE LA
EDUCACIÓN**

POPAYÁN – CAUCA

2026

Página de aceptación

Director – Opción de grado

Jurado evaluador

Dedicatoria

A mi mamá Yamileht, a mi Abuela Esmeralda y a mi nona Rosario, las mujeres más fuertes que conozco.

Agradecimientos

Este proyecto de investigación no hubiese sido posible sin todo el amor que me rodea, por eso quiero agradecer en primer medida a Dios y a mi familia, porque con inmensa ternura han acompañado cada uno de mis pasos.

A mis amigos, en especial a David, por acompañarme en toda la carrera y por brindarme una amistad que atesoro con el alma.

A Juan, por reafirmar siempre que está fue una buena idea.

A la profe Paola por su inmenso apoyo, por ser guía y compañía.

A las mujeres que componen este trabajo, por permitirme conocerlas, escucharlas y por darle tanto al periodismo.
Siempre, gracias.

Contenido

Resumen (Abstract)	7
Introducción	10
Formulación del problema	10
Justificación	15
Objetivos	17
Organización del documento	18
Capítulo 1 Acercamiento temático	19
Mujeres y conflicto armado	19
Periodismo y conflicto armado	28
Capítulo 2 Aproximación teórica y conceptual	31
Capítulo 3 La cuestión metodológica	41
Capítulo 4 Historias de vida	46
Capítulo 5 Discusión y hallazgos	76
Conclusiones	82
Bibliografía	84

Lista de Figuras

Figura 1 Desestimación e intimidación a mujeres periodistas y comunicadoras	77
Figura 2 Mujeres periodistas y comunicadoras indígenas	78
Figura 3 Mujeres periodistas y comunicadoras que tienen hijos u otra persona a su cargo ...	79

Resumen

El presente trabajo de grado, titulado “Nombrarlas para que existan: un acercamiento periodístico a las historias de mujeres que han hecho comunicación social y periodismo en el marco del conflicto armado en el Cauca”, tiene como propósito exponer las distintas maneras en las que el género ha influido en el ejercicio profesional de las mujeres periodistas en el departamento, en tanto se trata de un territorio altamente afectado por la violencia, principalmente por grupos armados y carteles del narcotráfico.

Dar a conocer estas historias, busca exponer la complejidad que ha tenido el ejercicio del periodismo para las mujeres en el Cauca, pues muchas veces su tarea en el campo ha llegado a ser opacada y acaso invisibilizada, más aún en el marco del conflicto que aqueja al departamento.

Es por ello que este trabajo investigativo, pretende nombrar, mencionar, para también reconocer, pues como afirma George Steiner¹, “Lo que no se nombra, no existe”. Así las cosas, nombramos aquí a la Mujer², una palabra que lleva muchos sinónimos, según el año, la hora o el día, según su ubicación, según su rol o su profesión, pero que ubicamos hoy en el Cauca, en las mujeres que hacen periodismo con el fin de con el fin de evidenciar sus historias, que son sinónimo de valor.

Dentro de este proceso se destacan las formas de resistencia de las periodistas escogidas, y cómo continúan con la búsqueda de la construcción de memoria y paz en el Cauca. Todo esto, mediante una metodología cualitativa, con entrevistas semiestructuradas que permitieron un acercamiento a sus realidades y vivencias.

A través de un aparato teórico sobre periodismo de paz, perspectiva de género y en derechos humanos, se ha creado un cuadernillo con los nombres de las entrevistadas y una

¹ George Steiner (1929–2020) fue un crítico literario, filósofo y ensayista franco-estadounidense, conocido por sus estudios sobre el lenguaje, la traducción y la relación entre la cultura y la barbarie.

² En esta investigación, el concepto de “mujer” hace referencia a toda aquella que se identifique de esta manera.

parte de sus relatos, buscando generar una experiencia sensible en el lector, y también aportando a la construcción de la imagen de la mujer periodista como actora política que narra, resiste y transforma, desde la fuerza de la sensibilidad.

Abstract

The present undergraduate thesis, titled “Naming Them so They Exist: a journalistic approach to the stories of women who have worked in social communication and journalism within the context of the armed conflict in Cauca,” aims to present the different ways in which gender has influenced the professional practice of women journalists in the department, given that it is a territory highly affected by violence, mainly by armed groups and drug-trafficking cartels.

Sharing these stories seeks to reveal the complexity that journalism has had for women in Cauca, as their work in the field has often been overshadowed or even made invisible, especially within the framework of the conflict affecting the region.

For this reason, this research project seeks to name and mention in order to also recognize, because as George Steiner states, “What is not named does not exist.” Thus, we name here the Woman, a word that carries many meanings depending on the year, the time, the place, the role, or the profession, but which we situate today in Cauca, in the women who practice journalism so that, through their stories, they may become synonymous with courage.

Within this process, the forms of resistance of the selected journalists stand out, as well as how they continue searching for the construction of memory and peace in Cauca. All of this was carried out through a qualitative methodology, with semi-structured interviews that allowed an approach to their realities and experiences.

Through a theoretical framework on peace journalism, gender perspective, and human rights, a booklet has been created with the names of the interviewees and a portion of their stories, seeking to generate a sensitive experience for the reader, while also contributing to building the image of the woman journalist as a political actor who narrates, resists, and transforms from the strength of sensitivity.

Introducción

Formulación del problema

Colombia ha experimentado más de 60 años de conflicto armado, una guerra interna caracterizada por la confrontación entre guerrillas, paramilitares, el Estado y en los últimos años, grupos de narcotráfico y disidencias de las FARC han estado involucrados. A pesar de que en 2016 se firmó el Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), el conflicto persistió en varias áreas del país, sobre todo en el suroccidente, donde el Cauca resalta como centro de confrontaciones, luchas por el territorio y crisis humanitarias.

En este marco, el departamento del Cauca, reconocido por su diversidad étnica y cultural, ha sido tradicionalmente una de las regiones más impactadas por el conflicto. Desde la década de 1960, cuando las FARC y el ELN se establecieron en su región, y más tarde con la llegada de grupos paramilitares y de tráfico de drogas, la población civil ha sufrido, ya que la disputa por el territorio y sus condiciones estratégicas para la guerra y el tráfico de armas y drogas ilegales ha provocado diversas consecuencias como desplazamientos forzados, homicidios, agresiones sexuales, masacres y otras diversas violaciones a los derechos humanos.

Como se indicó previamente, con la firma del Acuerdo de Paz, se anticipaba una reducción de la violencia; sin embargo, la aparición de disidencias, la fragmentación del poder territorial y la aparición de nuevos grupos armados hicieron que el Cauca se convirtiera en una de las regiones más complejas del país.

Con este contexto en mente, el periodismo juega un papel esencial, ya que su función no se restringe solo a reportar los incidentes de violencia, sino que se transforma en un medio de denuncia y de creación de memoria. Los periodistas en el Cauca han sido observadores y relatores del conflicto, de la vulneración de derechos y han representado a las comunidades.

Sin embargo, este ejercicio ha implicado grandes riesgos. En Colombia, la violencia contra periodistas ha sido una constante: amenazas, censura, agresiones físicas, exilios forzados e incluso asesinatos han sido estrategias utilizadas para silenciar a quienes informan. Ahora bien, en el Cauca, los riesgos se intensifican debido a la presencia de los actores armados y la falta de garantías de seguridad para los periodistas.

Y aunque existen estudios sobre la violencia contra el periodismo en contextos de conflicto y guerra, no muchos de estos han abordado la situación específica de las mujeres periodistas en el Cauca, principalmente porque el periodismo en Colombia ha estado históricamente dominado por hombres, lo que ha significado que las periodistas enfrenten desafíos adicionales por ejercer su profesión. Es por ello por lo que, en territorios como el Cauca, la violencia de género se suma a las amenazas generales contra la prensa, generando una doble vulnerabilidad para las mujeres periodistas ya que también están expuestas a las agresiones basadas en género como relaciones de poder, acoso, discriminación y formas específicas de violencia que dificultan su acceso a fuentes, su desarrollo profesional y su seguridad personal.

Esto se ve sustentado en textos como “Guía breve para mujeres periodistas” de Consejo de Redacción (2021), en donde se menciona el estigma que se tiene en relación a que la mujer únicamente debe cubrir temas asociados a lo “femenino”, intentando aislarla muchas veces de las problemáticas que la rodean; de hecho, en el 2022, se evidenció que únicamente 2 de cada 10 mujeres periodistas hacen cubrimiento de una agenda completa o de política y justicia (Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), 2022). Es por ello, que en dicha guía encontramos técnicas, métodos y sugerencias, que pueden resultar trascendentales en el oficio de la mujer periodista, las cuales también demuestran la existencia de factores diferenciales sobre la forma en la que el género afecta la labor.

A nivel nacional, algunos casos emblemáticos como el secuestro y asesinato de la

periodista Diana Turbay en 1992 o la violencia sexual sufrida por Jineth Bedoya Lima en el año 2000, han puesto en evidencia cómo el ser mujer se convierte en un factor de riesgo adicional para aquellas que sí tienen ese lugar para ejercer el periodismo en Colombia. Es crucial considerar que entre estos riesgos no solo debemos tener en cuenta los físicos, sino también las consecuencias que acaban impactando psicológica y emocionalmente a las víctimas. Esto se debe a que la exposición continua a situaciones bélicas tiene un efecto profundo en su bienestar y en la posibilidad para seguir practicando el periodismo con paz y garantías.

Adicional a esto, muchas de estas mujeres tienen que balancear su trabajo con obligaciones y funciones que se les han otorgado socialmente en contextos familiares o comunitarios, lo que incrementa la complejidad de su labor. De hecho, la comunidad de Chicas Poderosas Ecuador realizó en el 2020 una encuesta con mujeres y hombres periodistas en donde se evidencia que en muchos medios de comunicación no hay espacios para las que son o quieren ser madres, por ejemplo: un 92% de las mujeres entrevistadas rechazaron al menos una vez alguna oferta laboral o un viaje profesional después de maternar y un 32% las rechazó en al menos dos ocasiones o más. (Cfr. Chicas Poderosas Ecuador, 2020, pp.33 y 34).

Así las cosas, las mujeres periodistas han pasado por diferentes situaciones que llevan a tener en cuenta la necesidad de conocer de qué manera se viene dando su ejercicio profesional, más aún en un entorno marcado por el conflicto y la violencia, y donde esa violencia muchas veces toma formas disímiles marcadas por desigualdad, machismo o exclusión. Y es que, a nivel nacional, tal como lo da a conocer el Informe Periodistas sin acoso, la violencia machista contra periodistas y comunicadoras en Colombia (2021), muestra que el 73 % de las periodistas ha sufrido violencia psicológica y 67 % acoso sexual. El acoso más común proviene de superiores (36 %), luego colegas y usuarios anónimos. Los agresores

sexuales incluyen colegas (51 %) y jefes (38 %) (Colnodo, Red colombiana de periodistas con Visión de Género (RCPVG) y la Fundación Karisma, 2021). El Observatorio de la Democracia de la Universidad de Los Andes y la iniciativa 'No es hora de callar', en su Informe Violencia de género en contra de las mujeres periodistas en Colombia (2020-2021), revela que seis de cada diez periodistas han experimentado violencia de género en el ejercicio profesional (física, sexual o psicológica), y solo una minoría tuvo acceso a mecanismos institucionales de denuncia. Igualmente, da a conocer que muchas víctimas abandonaron temas, fuentes o espacios laborales por estas experiencias (37 % dejaron espacios laborales, 37 % fuentes, 24 % temas).

Otro estudio de la Pontificia Universidad Javeriana sobre Violencia de género contra mujeres periodistas en Colombia y México: análisis de sus normativas y protocolos (2021), analiza la debilidad de los protocolos de medios y estatales frente a violencias de género en el ámbito periodístico, subrayando que en Colombia (y México) los mecanismos institucionales son limitados y poco efectivos.

Los datos recopilados, muestran, entonces, que un alto porcentaje de mujeres periodistas sufre violencia de género en su ejercicio profesional en Colombia y ello ha llevado muchas veces a la autocensura y limitaciones de fuentes por miedo o amenaza, lo que genera el abandono de coberturas o temas relevantes. Y si a ello se le suma el riesgo que implica el cubrimiento del conflicto armado en departamentos como el Cauca, la actividad periodística para la mujer se hace aún más insegura.

Pese a ello, a nivel regional no se encuentran investigaciones específicas que den cuenta de las vivencias de las mujeres periodistas en torno a diferentes violencias en su rol profesional y en particular en el cubrimiento del conflicto en el territorio caucano. Si bien en el país se encuentran trabajos como el de Relatoras de conflicto armado en Colombia (Piedrahita et al., 2022), en el que mujeres egresadas de la Universidad de Antioquia

construyen memoria del conflicto colombiano desde una mirada femenina: fotografías, crónicas y reportajes sobre desapariciones, desplazamientos y otras violencias, en diálogo directo con las comunidades afectadas, dando a conocer las experiencias de periodistas como Natalia Botero Duque y Patricia Nieto, quienes han relatado el dolor y la resistencia femenina desde el territorio, o las memorias del II Encuentro Mujeres, Comunicación y Paz (ONU Mujeres - Cauca, junio 2016) que recoge la voz de más de 30 periodistas y comunicadoras del Cauca, quienes discutieron sobre cómo fortalecer el periodismo con equidad de género y visibilizar su papel en la paz posconflicto, identificando barreras locales para las mujeres comunicadoras como la invisibilidad, sesgos mediáticos y la falta de reconocimiento del contexto regional, no se cuenta en sí con narrativas que aborden las historias de vida de periodistas caucanas en el ejercicio de su profesión.

De ahí que este estudio busque analizar y hacer visibles las experiencias de las periodistas mujeres en el Cauca, a partir de la selección de una muestra, para conocer sus retos, tácticas de resistencia y contribuciones a la formación de memoria y denuncia en una de las zonas más impactadas por la violencia en el país. Al analizar su rol en el periodismo y las dificultades que han superado, este estudio busca cubrir una parte de un vacío en la bibliografía sobre periodismo en situaciones de conflicto en el departamento, ofreciendo un estudio más integral de cómo las mujeres han registrado, denunciado y resistido a la guerra a través de su labor.

Así las cosas, a través de esta problemática se crea la oportunidad de dar respuesta a la pregunta: **¿Cómo ha condicionado la violencia de género, en un contexto de conflicto armado, el ejercicio profesional, las narrativas y las estrategias de resistencia de las mujeres periodistas en el departamento del Cauca?**

Justificación

El rol de las mujeres periodistas en el contexto del conflicto armado en el departamento del Cauca representa una línea de análisis que aún no ha sido suficientemente explorada. La mayoría de los estudios disponibles sobre el trabajo periodístico en zonas de conflicto en Colombia han centrado su atención en los riesgos generales que enfrenta la prensa, sin detenerse a analizar las particularidades que atraviesan a las mujeres periodistas, especialmente en regiones altamente afectadas por la violencia social y política como el Cauca.

Es por ello que esta investigación inicialmente se proponía conocer las historias y experiencias de vida de mujeres periodistas que han cubierto el conflicto en el Cauca desde el 2022 al 2024, sin embargo, en la marcha y en el desarrollo de las entrevistas se tuvo la oportunidad de conocer más relatos que no estaban dentro del periodo de tiempo planteado, pero que sí constituyen una parte fundamental del ejercicio periodístico de las mujeres en el departamento. Así las cosas, se tomó la decisión de hacer de esta investigación una recopilación de todas aquellas que desde diversos contextos y temporalidades quisieran contar su historia como mujeres periodistas en el Cauca.

Esta investigación, por lo tanto, tiene una perspectiva de comunicación y narración de memoria activa, ya que los casos se vuelven herramientas, no solo para dar visibilidad a los testimonios de mujeres cuyo oficio periodístico es llevado a cabo en el marco del cubrimiento del conflicto en el Cauca, sino también para aportar a la construcción de paz en el territorio.

Ahora bien, la novedad de este estudio radica en su enfoque centrado en el género, que permite analizar tanto las amenazas y limitaciones que enfrentan las mujeres periodistas, como las formas de resistencia y construcción de narrativas que ellas han desarrollado en medio de la violencia.

La motivación central del trabajo fue comprender cómo las mujeres periodistas han

sostenido su labor informativa en medio de un escenario hostil, donde no solo se enfrentan a amenazas por su oficio, sino también a formas específicas de violencia de género que condicionan su libertad de expresión y su derecho a informar. Visibilizar sus experiencias no solo es un acto de justicia, sino también una apuesta política por reconocerlas como agentes de cambio que, desde sus micrófonos, cámaras, letras, medios o redes sociales, han contribuido a documentar el conflicto, denunciar las injusticias y construir memoria.

Desde el campo de estudio de la comunicación social, esta investigación es relevante porque plantea una reflexión crítica sobre el ejercicio del periodismo desde zonas y contextos de guerra no resuelta, escuchando a voces que han sido sistemáticamente invisibilizadas. Se trata de poner en el centro del análisis académico y profesional el lugar que ocupan las mujeres periodistas en la disputa por la verdad, la memoria y la paz, ampliando así los aprendizajes sobre periodismo, derechos humanos y género.

En cuanto a su originalidad, este trabajo articula metodologías cualitativas de corte comunicacional para estudiar experiencias concretas de mujeres periodistas y comunicadoras en el Cauca, incluyendo relatos de vida, análisis de contenido y testimonios en profundidad. De esta forma, no solo ofrece una lectura estructural del problema, sino que también propone una mirada desde las subjetividades, las estrategias cotidianas de resistencia y las formas en que ellas han resignificado su labor en medio del dolor y la esperanza. El estudio, por tanto, no solo aporta al campo académico, sino también a la formulación de estrategias institucionales y comunitarias que fortalezcan la protección, el reconocimiento y la participación plena de las mujeres periodistas en escenarios de conflicto.

Objetivos

Objetivo general:

Analizar integralmente la manera en que la violencia de género ha modificado el ejercicio periodístico y comunicativo de las mujeres periodistas en el Cauca en un contexto de conflicto armado, reconociendo los tipos de violencia, sus afectaciones y formas de resistencia que han desplegado en su labor.

Objetivos específicos:

1. Recopilar las historias de vida, experiencias y testimonios de mujeres periodistas y comunicadoras del Cauca, que construyen sentido desde sus vivencias y resistencias realizando su ejercicio, en el marco del conflicto armado en el Cauca.
2. Identificar los principales riesgos, desafíos, y violencias de género que han enfrentado las mujeres periodistas en el Cauca, teniendo en cuenta un contexto del conflicto armado, así como sus efectos en el desarrollo profesional, emocional y ético de su labor.
3. Describir el papel que han desempeñado las mujeres periodistas y comunicadoras en la cobertura del conflicto armado en el Cauca, resaltando sus estrategias profesionales, éticas y narrativas en contextos de alta violencia.

Organización del documento

Este proyecto de investigación se encuentra dividido en seis capítulos que darán respuesta a cada uno de los objetivos propuestos. En el primero, se encuentra un acercamiento a la temática a través de otros documentos e investigaciones sobre mujeres y conflicto armado, y sobre periodismo y conflicto armado.

El segundo capítulo es sobre el marco teórico, un espacio que se compone de todos aquellos conceptos fundamentales que permiten analizar y construir la investigación. En ese orden de ideas, el siguiente capítulo busca justificar la metodología usada desde un enfoque cualitativo, orientado a la comprensión de historias de vida de mujeres que han ejercido la comunicación social y el periodismo en el departamento del Cauca.

Dichas experiencias, se encuentran compiladas, bajo una escritura periodística de historias de vida, en el capítulo 4, resaltando el enfoque de género y las experiencias personales de cada una de las ocho entrevistadas, lo cual lleva al quinto capítulo, en donde se presentan los hallazgos en contraste con teorías y conceptos anteriormente mencionados. Llegando así, al sexto capítulo, con las conclusiones de toda la investigación, abriendo una puerta a repensar la comunicación y el periodismo, a través de este documento y de un cuadernillo que contiene de forma breve, información sobre las entrevistadas.

Capítulo 1

Acercamiento temático

El ejercicio periodístico se trata de una actividad que requiere de investigación y compromiso. En los contextos azotados por la violencia, dicho compromiso se ve afectado por distintos elementos de censura o peligro. En el caso de las mujeres periodistas, se agrega un factor, el de la violencia de género, que puede influir o no, como se ha mencionado en apartados anteriores, en el desarrollo de su actividad, generando desde cambios en las temáticas a abordar hasta el abandono mismo de una investigación.

De ahí que, para este capítulo, sea importante ver la relación de la mujer, por un lado, con los contextos violentos, dentro de los cuales encontramos al departamento de Cauca en Colombia, y con las formas de llevar a cabo su labor periodística en conflicto. En este sentido, se presentan algunos textos y estudios que resultaron importantes a la hora de construir este proyecto. Dichos trabajos se han categorizado de dos maneras: primero, los textos en relación con las mujeres y el conflicto armado. Y segundo, los textos que exponen el rol periodístico en el marco del conflicto armado.

Mujeres y conflicto armado

En el libro **“Memorias en tiempo de guerra: Repertorio de iniciativas”** (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2009) podemos encontrar que en el capítulo II se habla de memorias con perspectiva de género, sección que nos revela que, de las víctimas del conflicto armado en Colombia, han sido en su mayoría mujeres, las cuales se han destacado como constructoras de memoria y justicia.

Algo fundamental de esta narrativa es la forma en que las mujeres convierten su cuerpo en un escenario político y de denuncia, acción que se evidencia en plantones, marchas e incluso gestos performativos. El texto resalta, que, si bien algunas organizaciones

nacionales han abordado la memoria de manera indirecta, para colectivos o grupos como las Madres de la Candelaria y las mujeres del oriente antioqueño, la memoria ha sido el eje central de su actuar social y político.

Aunque algunos de estos grupos surgieron en el contexto de la Ley 975 de 2005, la mayoría de estas organizaciones se desarrollan a partir de este proceso, consolidando un tejido social que aun en medio de la guerra, ha trabajado incansablemente por transformar las condiciones de vida de las mujeres y fortalecer su participación política y ciudadana.

En 1992 se constituyó la Red Nacional de Mujeres, incorporando entidades como Sisma Mujer, Humanizar, Fundación Esperanza, Colombia Diversa, entre otras. Sus metas primordiales han sido influir en los procedimientos legislativos, robustecer las entidades locales y regionales, involucrarse en etapas de decisión, poner de relieve los efectos particulares del conflicto en las mujeres y, principalmente, edificar espacios de paz desde un enfoque de género.

Caracterizada por su estructura horizontal, sin jerarquías rígidas y bajo una coordinación tripartita elegida en asamblea la Red Nacional de Mujeres trabaja de manera voluntaria, financiando mediante proyectos independientes. En palabras de Beatriz Quintero, una de sus integrantes, la Red ha entendido que su labor no puede detenerse ante la guerra: “Seguimos construyendo país con una idea, tal vez ilusoria, de que cuando venga la paz, ¿qué país va a haber si lo dejamos acabar?”. Así, la Red ha fortalecido estrategias de incidencia legislativa, participación política, formación en derechos humanos, investigación y producción de pensamiento crítico, manteniendo siempre como eje central el mejoramiento de las condiciones de vida de las mujeres tanto en tiempos de conflicto como de paz.

En su recorrido, la Red Nacional de Mujeres ha ocupado espacios públicos relevantes, como la Mesa por la Vida y la Salud de las Mujeres, la Mesa por una Ley Integral de Violencias contra las Mujeres, y diversas redes de seguimiento a los procesos de negociación

de paz. De igual forma, han participado en escenarios como las Naciones Unidas, reafirmando y exponiendo los procesos de las mujeres.

En medio de estos procesos, en 1995 surgió otra organización fundamental, la Ruta Pacífica de las Mujeres, una iniciativa que tomó fuerza gracias a diversas organizaciones como la Casa de la Mujer de Bogotá y la Escuela Nacional Sindical, buscando aportar a las mujeres del Urabá, las cuales fueron víctimas de desafortunadas situaciones producto del conflicto armado. El detonante para su movilización fue el alarmante dato de que el 95% de las mujeres en Apartadó habían sido víctimas de violencia sexual. Así, el 25 de noviembre de 1996, en conmemoración del Día Internacional de la No Violencia contra las Mujeres, más de mil mujeres de todo el país emprendieron una caravana hacia Mutatá, abrazando simbólicamente a sus hermanas del Urabá y convirtiendo este acto en un rito inédito de solidaridad y dignidad.

La Ruta Pacífica se consolidó como un movimiento de resistencia en contra de la guerra, guiado por dos poderosas consignas: “No pariremos más hijos para la guerra” y “El cuerpo de las mujeres no es botín de guerra”, esto, para poner en evidencia a través de marchas y actos públicos, la magnitud de la violencia de género en el conflicto, buscando también que las mujeres no sean vistas únicamente como víctimas, sino como personas activamente políticas en la construcción de paz, demostrando que los cuerpos no son únicamente territorios de conquista, también son territorios de resistencia.

Ambas organizaciones, la Red Nacional de Mujeres y la Ruta Pacífica, representan ejemplos vivos de cómo las mujeres en Colombia no se han resignado a ser silenciadas por la guerra. Al contrario, han tejido redes de apoyo, han fortalecido sus liderazgos y han construido plataformas políticas que buscan transformar la sociedad, garantizar los derechos humanos y sembrar semillas de paz, estas iniciativas no solo preservan la memoria del conflicto, sino que también abren caminos para imaginar un país donde la justicia y la

igualdad sean posibles, aun después de la guerra.

En ese orden de ideas, dentro del conflicto armado las mujeres no se han quedado como observadoras ni como figuras insensibles, y en el texto **“Las mujeres ante la guerra: Estudio del Comité Internacional de la Cruz Roja sobre los efectos de los conflictos armados para las mujeres”** de Lindsey, C. (2002), se hace evidente ese efecto y se proporciona una perspectiva más detallada del rol que las mujeres juegan en contextos bélicos. Las mujeres no son iguales en sus experiencias, algunas asumen luchas comunitarias, lideran procesos de paz, y muchas se transforman en las bases del hogar, cuidadoras, administradoras comunitarias, defensoras de derechos y promotoras del cambio. Esta diversidad de experiencias desafía las categorías convencionales del Derecho Internacional Humanitario (DIH) y exige enfoques más sensibles al género en la comprensión y atención de las consecuencias de la guerra.

Por lo anterior, una de las grandes contribuciones del documento es visibilizar que las mujeres han sido protagonistas activas en la construcción de paz, desde su cotidianidad hasta movimientos más organizados, demostrando una capacidad única para transformar el dolor en resistencia, algunos ejemplos emblemáticos son los de las mujeres Yugoslavas que en 1991 protestaron frente a los cuarteles del Ejército Nacional exigiendo el regreso de sus hijos, negándose a que fueran partícipes de la guerra o el caso de las mujeres que se manifestaron contra las armas nucleares en Greenham Common, Inglaterra. Movimientos que revelan cómo la participación femenina se encuentra profundamente ligada a la sensibilidad y al cuidado.

No obstante, la participación de las mujeres no las ha hecho inmunes a muchas otras situaciones de vulnerabilidad. Lindsey (2002) resalta que, aunque hombres y mujeres civiles comparten ciertos riesgos, las mujeres experimentan una serie de violencias específicas vinculadas a su género, en donde la violencia sexual, utilizada como táctica de guerra, es una

de las más alarmantes. En muchas zonas de conflicto, las mujeres son forzadas a relaciones sexuales bajo amenazas, intercambios, abusos disfrazados de tradición o protección, dinámica que revela cómo el cuerpo femenino se convierte en un campo de batalla simbólico donde se disputa el poder y el control.

Un punto fundamental es la ausencia de los varones bien sea fallecidos, desaparecidos, reclutados, entre muchas otras situaciones, ya que se ha obligado a millones de mujeres a asumir responsabilidades nuevas en contextos sumamente precarios y a sostener la economía, las industrias y los territorios heridos.

Así, los conflictos armados, al tiempo que generan pérdidas dolorosas, también han catalizado la transformación de los roles tradicionales de género, mujeres que antes eran relegadas al espacio doméstico se han convertido en protagonistas de la vida pública, económica y política, como lo testimonia Ana Julia, de El Salvador: “Antes de la guerra, no se tenía en cuenta a las mujeres, que sólo trabajaban en casa. Pero, cuando llegó la guerra, las mujeres tuvieron que salir de casa y demostrar su capacidad. Fue en parte la guerra la que hizo que se tomara en serio a las mujeres y les permitió demostrar que pueden hacer muchas cosas. Hizo que la gente se diese cuenta de que las mujeres son capaces de cambiar nuestra sociedad” (Lindsey, 2002, p. 32).

Sin embargo, estos avances no están exentos de tensiones ni son necesariamente sostenibles en el tiempo, debido a que, al concluir los conflictos, muchas sociedades intentan reimponer el orden anterior y devolver a las mujeres a un ámbito excluyente, para que la aparente emancipación se restablezca a un sistema patriarcal que desconfía de las mujeres en nuevos roles.

Ahora bien, las mujeres que han sobrevivido a agresiones sexuales, que han participado como combatientes o ejerciendo liderazgos pueden sufrir estigmatización, exclusión y nuevas formas de violencia, con ello, la desaparición de familiares y la falta de

oportunidades laborales agravan aún más su situación.

En este sentido, el informe propone un enfoque que articule tanto asistencia humanitaria como transformaciones estructurales, para garantizar los derechos de las mujeres desde múltiples esferas, de ahí la necesidad de evaluar cada situación con un enfoque diferenciado, que reconozca las condiciones específicas de mujeres embarazadas, jefas de hogar, mujeres desplazadas, viudas o víctimas de violencia sexual.

El gran mérito del informe del CICR radica en proponer una lectura compleja de las mujeres en guerra: ni únicamente víctimas ni simplemente heroínas, sino actores diversos que, desde sus múltiples experiencias, configuran nuevas formas de agencia política, social y cultural. En tiempos en que los conflictos armados siguen afectando principalmente a la población civil, y en especial a las mujeres, es indispensable superar los enfoques reduccionistas y apostar por políticas integrales que reconozcan su autonomía, fortaleza, vulnerabilidad y capacidad de transformación.

Otros textos fundamentales para esta investigación los podemos encontrar recopilados en **“Historias de mujeres que construyen paz en los territorios”** de Consejo de Redacción (2021), un especial periodístico con los testimonios de mujeres que han enfrentado diversas realidades sociales, contribuyendo a la construcción de paz y a la reparación de víctimas. Esta obra proporciona una perspectiva valiosa sobre el papel activo y transformador de las mujeres en la promoción de la paz en sus comunidades, subrayando sus esfuerzos y logros en contextos de conflicto y postconflicto.

Las mujeres han sido históricamente las principales víctimas del conflicto armado en Colombia, pero también se han convertido en protagonistas activas en la construcción de paz y la transformación social. Su labor va más allá de la resistencia: lideran procesos de sanación, memoria, organización comunitaria y participación política, especialmente en territorios rurales y urbanos afectados por la violencia.

El reportaje y los relatos destacan cómo las mujeres, desde su cotidianidad, tejen redes de apoyo, promueven la reconciliación y trabajan por la reparación y la no repetición. Estas prácticas no solo se limitan a lo público, sino que se extienden a lo familiar y comunitario, generando espacios seguros y de confianza donde se reconstruyen los lazos sociales rotos por la guerra.

Las investigaciones identifican que las mujeres rurales y urbanas ejercen liderazgos desde la defensa del territorio y la organización colectiva. Sus acciones de incidencia política se dan en distintos niveles: local, departamental, nacional e incluso internacional. Estas dinámicas aportan a la prevención, gestión y regulación de los conflictos, especialmente en contextos de implementación de acuerdos de paz y escalonamiento del conflicto. El trabajo de las mujeres en la construcción de paz se caracteriza por metodologías participativas y enfoques etnográficos que permiten comprender la complejidad de la paz territorial y su relación con las categorías de género y territorio.

Una de las estrategias destacadas es el uso del tejido como herramienta de sanación y resistencia. En el Pacífico colombiano, mujeres como Juana Francisca Mosquera, sobreviviente de la masacre de Bojayá, encontraron en el tejido una forma de procesar el trauma y fortalecer lazos comunitarios. Organizaciones como *las tejedoras 2 de mayo* en Chocó y colectivos en Nariño han utilizado el arte y la manualidad para reconstruir memorias y promover la paz.

El especial también resalta liderazgos femeninos en contextos indígenas, afrodescendientes y campesinos. Por ejemplo, Aura López García se convirtió en la primera gobernadora indígena del resguardo Nunalbi Alto Ulbi, liderando procesos de resistencia y autonomía en su comunidad. En el Cauca, mujeres reincorporadas de las FARC han impulsado iniciativas como 'Hilando la Paz', promoviendo la reconciliación y el desarrollo local.

El trabajo de las mujeres en la construcción de paz en los territorios colombianos es fundamental y diverso. Sus narrativas, prácticas y liderazgos aportan a la transformación social, la sanación colectiva y la consolidación de una cultura de paz como base de los procesos.

Precisamente, en la búsqueda de esas experiencias femeninas se hace presente la tesis de Alejandra Rico, titulada **“El conflicto armado colombiano con ojos de mujer”** (2021), en donde se destaca una narrativa con un enfoque hacia los testimonios y las historias personales de mujeres que han vivido de forma directa el conflicto.

Este trabajo tiene un principal énfasis al nombrar a las mujeres como constructoras de paz y del tejido social que ha sido destruido por la guerra. En el texto se destacan organizaciones como ANMUCIC³ y proyectos como el restaurante Atávico, un lugar que es de mujeres que han sido víctimas del conflicto armado, resignificando las tradiciones e identidad de las mujeres a través de sus raíces.

La tarea se centra en la elaboración de crónicas periodísticas que combinan análisis, testimonio y reconstrucción simbólica del territorio, la identidad y la cultura desde un punto de vista de género. Se basa en ideas teóricas de escritores como Rita Segato, Michel Foucault y Jesús Martín-Barbero, y se basa en una revisión histórica del conflicto y de los procesos de reparación de manera diferenciada y territorial, ya que se empezó a escribir un poco más de casi 4 años después de la firma de los Acuerdos de Paz de 2016.

Este texto busca que entienda a la guerra como una vivencia tanto personal, como grupal, pero también marcada por el género, y contribuye al debate acerca de la relevancia del periodismo en la formación de una memoria diversa, sensible y transformadora, porque como Alejandra lo menciona en su mismo texto, este trabajo es una carta de amor “al periodismo que se hace a pie”.

³Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia.

En concordancia con la anterior, el trabajo copilado por Storm y Williams (2012), **“No Woman’s Land: On the Frontlines with Female Journalists”** crea un panorama más específico sobre el tema de investigación de las mujeres periodistas en territorios hostiles, ya que en el documento se encuentran las historias de más de 30 mujeres periodistas, que cuales exponen los riesgos específicos que enfrentan en medio de su labor informativa, especialmente en contextos de violencia, conflicto o represión, documentando cómo el género introduce un componente adicional de vulnerabilidad, que va más allá del riesgo general que supone ejercer el periodismo.

Desde el prólogo ya nos es posible comprender la problemática, esto con la historia de Lara Logan, una periodista sudafricana que en la plaza Tahrir de Egipto fue violentada por más de 200 hombres que la separaron de su equipo de trabajo para posteriormente arrancarle la ropa y hierla de muchas formas. Este acontecimiento aterrador le cambió la vida a Lara y menciona que los riesgos de las mujeres periodistas no solo son más altos, sino también diferentes, encontrando la violencia sexual, estigmatización, aislamiento profesional, e incluso acoso digital.

Trasladar esa perspectiva a nuestro territorio, nos permite entender que el contexto de las mujeres comunicadoras y periodistas en el Cauca no es nada fácil y conlleva unos factores diferenciales, en donde tristemente el cuerpo de la mujer se convierte en un territorio que es disputado, controlado o castigado cuando se atreve a informar. Las agresiones no siempre son visibles, pero se manifiestan en formas específicas de silenciamiento, censura, estigmatización o autoexclusión, generando un entorno dañino que pone en riesgo no solo su labor profesional, sino también su integridad física y emocional.

Storm y Williams no solo describen estas amenazas, sino que también aportan historias que inspiran a muchas más que están en el oficio, incorporando una perspectiva a la investigación que permite no solo identificar las condiciones de vulnerabilidad a las que están

expuestas las mujeres periodistas en el Cauca, sino también reconocer su capacidad de organizarse, defenderse y sostener su voz, desarrollando prácticas de autocuidado colectivo, redes de apoyo o estrategias narrativas que permiten continuar informando sin renunciar a su ética.

Desde esta mirada, el periodismo ejercido por mujeres en territorios en disputa no solo es un acto informativo, sino también un acto de valentía y resistencia política. Al exponer el riesgo diferenciado, se revela una dimensión estructural de la violencia contra las mujeres periodistas, pero también se abre la posibilidad de imaginar formas de ejercer el oficio desde el cuidado, la sororidad y la transformación de las condiciones que las realidades.

Periodismo y conflicto armado

Para abordar el conflicto en Colombia siempre será fundamental recurrir al Centro Nacional de Memoria Histórica, es por ello que el texto **“La palabra y el silencio. La violencia contra periodistas en Colombia”** (1977 – 2015), Bogotá, CNMH, 2015, es una pieza fundamental en esta investigación ya que nos brinda un contexto histórico de las formas en las que la violencia ha afectado la vida y oficio de los periodistas en Colombia.

En medio de la lectura nos encontramos con diversos casos que incluyen asesinatos, exilios y otras formas de censura, especialmente ejercida sobre los que no viven en las grandes ciudades. La mayoría de estos acontecimientos se presentaron a personas vinculadas a medios locales o comunitarios, crímenes atribuidos a actores armados, carteles de narcotráfico, paramilitares e incluso, corrupción política. El informe resalta como los asesinatos se vuelven una herramienta para silenciar a los periodistas, dañando también a las comunidades que debido a estas circunstancias pierden sus fuentes.

Aquí, es posible evidenciar una investigación exhaustiva, permitiendo conocer tipos

de víctimas, evaluación de los efectos en las mujeres periodistas, e incluso, procesos de impunidad, además de manifestaciones de resistencia y organización, mientras profundiza en la reparación colectiva, el rol de la memoria y la importancia de asegurar la no repetición.

Por otro lado, en el artículo titulado **“Libertad de prensa y conflicto armado en Colombia: Un análisis desde la autonomía profesional percibida por los periodistas colombianos”** (Garcés-Prettel et al., 2019), se analiza la percepción de los periodistas sobre su autonomía profesional teniendo en cuenta el conflicto armado durante el 2013 y 2014, un periodo importante debido a las negociaciones de paz entre el gobierno y las FARC- EP.

Este estudio se realizó teniendo en cuenta a 546 periodistas de 14 ciudades del país y se aplicó el cuestionario de Autonomía Profesional del proyecto internacional “Worlds of Journalism Study”, adaptado a las particularidades del contexto colombiano, buscando aprender a partir de dos categorías: La primera, la autonomía para producir noticias. Y la segunda, la autonomía para publicar noticias.

Entre los resultados se evidenció que los periodistas tienen mayor libertad en la fase de producción, pero los temas en relación con el gobierno, corrupción, fuerzas armadas, etc. Aún son considerados como sensibles y son algo restringidos. Incluso, en el artículo conocemos casos documentados de periodistas asesinados o amenazados por investigar estos crímenes, resaltando el alto riesgo que conlleva la labor, que incluso llega a la autocensura como método de supervivencia.

Se observa que la autonomía periodística no solo depende del individuo que ejerce la labor, sino que es fundamental tener en cuenta que este se encuentra mediado por condiciones estructurales políticas, económicas e incluso culturales, las cuales transforman su rol de periodista.

En ese orden de ideas, la investigación **“Balas de tinta: la presencia del periodismo en el conflicto armado”**, Romero Sáenz (2019) examina el papel que ha juego el periodismo

colombiano en el marco del conflicto armado, asumiendo al periodista como un cuarto actor, después del Estado, los grupos armados y las víctimas, todo esto con énfasis en el acuerdo de paz del 2016, señalando también que el periodismo colombiano se convirtió en un instrumento polarizado y usado por los partidos políticos para impartir ideologías a través de los otros.

El escritor sigue la manera en que los medios y periodistas han participado activamente en el conflicto, ya sea fomentando agendas políticas, siendo objeto de censura, o contribuyendo a la incitación de violencia. La investigación expone situaciones como el genocidio en Ruanda con el objetivo de evidenciar cómo la prensa puede transformarse en un instrumento peligroso si no se aplica con ética, responsabilidad y formación.

Ahora bien, remitiéndonos al panorama rural del país, López Linares (2024) en el artículo **“Estigmatización, precariedad laboral y violencia”**, expone un panorama crítico para el ejercicio del periodismo en regiones rurales del país. La investigación hace énfasis en casos como el del medio Proclama Cauca y Valle, donde periodistas han sido amenazados de muerte por cubrir temas sensibles vinculados a la presencia de actores armados ilegales. El estudio resalta cómo la débil presencia institucional, la disputa territorial y la precariedad laboral configuran un entorno de alta vulnerabilidad, donde la autocensura emerge como mecanismo de protección, afectando directamente la libertad de prensa.

Asimismo, se evidencia un patrón de estigmatización por parte de funcionarios públicos y una falta generalizada de garantías para el ejercicio periodístico, especialmente en departamentos como Cauca y Magdalena, siendo este artículo, un punto clave para contextualizar las limitaciones estructurales y los riesgos cotidianos que enfrentan los comunicadores locales, aportando otra perspectiva sobre el rol del periodismo y la comunicación en contextos de conflicto y exclusión territorial.

Capítulo 2

Aproximación teórica y conceptual

El desarrollo de este trabajo de grado se apoyó en un marco teórico que permitió comprender el ejercicio periodístico de las mujeres en el departamento del Cauca como una práctica situada, atravesada por el conflicto armado, las desigualdades estructurales y las relaciones de género. Las teorías del periodismo de paz, la comunicación feminista, la violencia estructural y los derechos humanos ofrecieron herramientas conceptuales para analizar no solo los contenidos producidos por estas periodistas, sino también las condiciones en las que ejercieron su labor y las experiencias vitales que configuraron sus trayectorias profesionales.

A partir de estas perspectivas, fue posible abordar la reconstrucción de historias de vida como una estrategia metodológica que permitió visibilizar cómo, en contextos marcados por múltiples formas de violencia —algunas directas, otras normalizadas o naturalizadas—, las mujeres periodistas desarrollaron prácticas comunicativas que resistieron el silenciamiento, disputaron narrativas hegemónicas y sostuvieron su oficio desde la ética, el cuidado y el compromiso con la memoria y el territorio. Así, este marco teórico y conceptual, que a continuación se presenta, no solo orientó el análisis, sino que permitió leer las experiencias narradas como expresiones de agencia, resistencia y construcción de sentido en escenarios históricamente adversos para el ejercicio del periodismo y, de manera particular, para las mujeres.

Teoría del periodismo de paz

La propuesta del periodismo de paz, desarrollada por el sociólogo noruego Johan Galtung (1996), constituye un punto de partida fundamental para repensar el rol del periodismo en contextos de conflicto. Esta teoría propone una forma alternativa de informar, que no se limite a la cobertura de la violencia o al enfrentamiento entre bandos, sino que profundice en las causas estructurales del conflicto, visibilice los esfuerzos de las comunidades por superarlo y contribuya activamente a la construcción de una paz duradera.

El periodismo de paz se caracteriza por su énfasis en la comprensión, la

contextualización, la empatía y la búsqueda de soluciones. En lugar de reproducir discursos polarizantes o narrativas centradas en la confrontación, este enfoque busca ofrecer una mirada más compleja, donde las víctimas, los procesos de resistencia, y las iniciativas de reconciliación y justicia sean protagonistas.

Partiendo de esa perspectiva, esta investigación logró identificar formas de hacer periodismo que se distancian de los modelos hegemónicos de la comunicación, especialmente en territorios afectados por el conflicto armado, como el Cauca, ya que el caso de las mujeres periodistas que desempeñan su labor en este departamento ofrece un espacio para observar prácticas periodísticas que, aun sin nombrar explícitamente como “de paz”, aportan a la transformación social, la defensa de los derechos humanos, la memoria colectiva y la visibilización de voces históricamente excluidas.

Este enfoque invita entonces, a pensar en un periodismo que no solo informe, sino que también transforme, un periodismo con la capacidad de incidir en procesos de reconocimiento y justicia social, mientras se apuesta por la vida y la dignidad.

Teoría feminista de la comunicación

El trabajo de Margaret Gallagher (1981) ha sido clave para comprender cómo operan las dinámicas de género en los medios de comunicación. Desde una perspectiva crítica feminista, Gallagher ha mostrado cómo los medios no son espacios neutrales, sino campos atravesados por relaciones de poder que reproducen desigualdades estructurales entre hombres y mujeres, un enfoque que resulta especialmente pertinente para analizar el lugar que ocupan las mujeres dentro del periodismo, así como las barreras, tensiones y desafíos que enfrentan.

Desde esa postura teórica, esta investigación analizó cómo las mujeres periodistas del Cauca, una región marcada por el conflicto armado, las desigualdades históricas y la

diversidad étnica, enfrentan y resisten estas estructuras desiguales. En territorios donde la violencia también converge con la pobreza, el racismo y el machismo, el ejercicio periodístico de las mujeres adquiere características particulares que no pueden ser comprendidas sin un enfoque de género.

Así como la teoría del periodismo de paz permite imaginar formas de narrar que promuevan la reconciliación y la justicia, el enfoque de Gallagher nos permite cuestionar las condiciones estructurales de opresión que viven las mujeres periodistas y observar cómo, desde su ejercicio profesional construyen autoridad narrativa y defienden el derecho a la palabra en contextos adversos.

Esta reflexión abre la puerta a integrar otras miradas que profundicen en las intersecciones entre género, territorio, etnia y conflicto armado, con el fin de comprender cómo el periodismo hecho por mujeres en contextos de violencia no solo informa, sino que también transforma las relaciones de poder y contribuye a la justicia en la comunicación.

Teoría de la violencia estructural

Además de su reconocida teoría del periodismo de paz, el sociólogo Johan Galtung (1969) estudió el concepto de violencia estructural, una categoría analítica que permite identificar formas de violencia que, aunque no siempre visibles o directas, están arraigadas en las estructuras sociales, económicas y políticas. Esta forma de violencia se manifiesta en la exclusión sistemática de sectores de la población del acceso a recursos, oportunidades, derechos y bienestar, generando condiciones de injusticia que son percibidas como “normales” dentro del orden social.

Aplicado al contexto de las mujeres periodistas en el departamento del Cauca, este concepto permitió comprender que los riesgos, limitaciones y desigualdades que enfrentan no son meramente individuales o coyunturales, sino el resultado de un entramado estructural que

cruza múltiples dimensiones: el género, la clase social, el territorio, la pertenencia étnica y la historia del conflicto armado. En este sentido, el ejercicio periodístico de las mujeres en esta región está condicionado por factores como la precariedad laboral, la violencia de género, la estigmatización territorial y la falta de garantías para ejercer su labor con seguridad.

Desde la mirada de Galtung, visibilizar la violencia estructural implica ir más allá del hecho noticioso o del episodio puntual de agresión, para denunciar las condiciones sistemáticas que impiden una vida digna y un ejercicio pleno de los derechos. Por tanto, esta perspectiva no solo permite analizar los obstáculos que enfrentan las mujeres periodistas en el Cauca, sino también identificar los mecanismos mediante los cuales estas desigualdades se sostienen y reproducen dentro del campo comunicativo.

Al incorporar esta lectura al análisis, la investigación se propone develar cómo opera la violencia estructural en el campo del periodismo regional, y cómo las mujeres periodistas, no solo denuncian esa violencia a través de sus relatos, sino que también resisten y disputan ese orden estructural al insistir en contar lo que otros callan.

Esta reflexión complementa las apuestas del periodismo de paz, en tanto permite entender que no puede haber paz verdadera sin desmontar las estructuras que sostienen la desigualdad. Así, se refuerza la necesidad de un periodismo que no solo narre conflictos, sino que también cuestione las raíces de la injusticia social, especialmente cuando estas afectan a quienes se atreven a narrar desde los márgenes.

Teoría de los derechos humanos

El economista y filósofo indio Amartya Sen (1999) ha realizado una importante contribución al pensamiento contemporáneo en torno al desarrollo humano, a partir de su enfoque de las capacidades y su concepción ética de los derechos humanos como libertades fundamentales. Según Sen, el desarrollo no debe medirse exclusivamente por indicadores

económicos, sino por la libertad real que tienen las personas para ser y hacer lo que valoran en la vida. En este sentido, la pobreza no es solo carencia de ingresos, sino de la capacidad de participar, expresarse, decidir y transformar el entorno.

Este enfoque aplicado al caso de las mujeres periodistas en el Cauca permite repensar su papel no solo como comunicadoras, sino como agentes de desarrollo humano, que desde su práctica profesional defienden y difunden las voces de comunidades históricamente marginadas en una región marcada por la violencia armada y la desigualdad.

Desde la perspectiva de Sen, podríamos percibir el periodismo que ejercen muchas mujeres en el Cauca puede leerse como una forma de acción ética, orientada no solo a informar, sino a fortalecer el conocimiento frente al territorio. A través de su trabajo y narrativas, estas periodistas generan condiciones para que otros actores sociales, tengan la posibilidad de ser escuchados.

Esto permite valorar el periodismo no sólo como un ejercicio técnico o profesional, sino como una estrategia para contar la verdad, narrar la memoria, denunciar la injusticia y defender la dignidad.

En el marco de esta investigación, la teoría de Amartya Sen aporta una dimensión ética y política clave: permite analizar cómo el periodismo puede convertirse en un vehículo para el desarrollo humano, especialmente cuando es ejercido por mujeres que, desde zonas históricamente azotadas por el conflicto, luchan por garantizar libertades básicas como la expresión y la participación.

Lo conceptual

Ahora bien, dentro de este estudio, y en coherencia con los enfoques teóricos que lo sustentaron, se consideró necesario delimitar un conjunto de conceptos clave que permitieron organizar analíticamente la investigación y comprender de manera integral el fenómeno

abordado. Estos conceptos no se asumieron como categorías aisladas, sino como nociones interrelacionadas que dialogaron entre sí y con el contexto específico en el que se desarrolló el trabajo, marcado por el ejercicio periodístico de mujeres en escenarios atravesados por el conflicto armado, la desigualdad de género y la disputa por la palabra pública. En este sentido, categorías como violencia contra las mujeres, género, etnografía feminista, periodismo feminista y memoria individual y colectiva funcionaron como ejes conceptuales que orientaron la lectura del territorio, las prácticas comunicativas y las experiencias narradas, permitiendo reconocer tanto las condiciones estructurales de violencia como las estrategias de resistencia, agencia y resignificación que emergieron desde las propias voces de las periodistas.

De esta manera, los conceptos abordados a continuación se articularon con el propósito central de la investigación, al ofrecer herramientas analíticas para interpretar cómo las relaciones de poder, los roles de género y las dinámicas sociopolíticas incidieron en el ejercicio del periodismo, así como en la construcción de sentidos, memorias y narrativas sobre el conflicto. Su incorporación respondió a la necesidad de contar con un marco conceptual que posibilitara una lectura situada y crítica de las experiencias estudiadas, sin perder de vista el carácter político, ético y comunicativo del trabajo periodístico realizado por las mujeres. Así, estos conceptos se constituyeron en referentes fundamentales para el análisis posterior, que serán desarrollados con mayor profundidad en los apartados siguientes.

Violencia contra las mujeres

“Violencia contra las mujeres” es una frase que lamentablemente se ha hecho visible al hablar del ejercicio de las periodistas y comunicadoras, seguramente porque la palabra mujer se ha visto arraigada en la mayoría de ocasiones a las víctimas, bien sea por estructuras sociales, culturales o hegemónicas, perjudicándolas, en un hecho que constituye una

violación de Derechos Humanos (ACNUR, 2011).

Para definir este concepto, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2011), expone que la violencia contra las mujeres hace referencia a: “cualquier acción o conducta que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico”. Estos últimos, constituyendo solo algunos de los tipos de violencia que existen, por lo que se hace fundamental reconocerlos desde sus particularidades y características, buscando darles un trato específico y más responsable.

Etnografía feminista

La etnografía, en palabras de Clifford Geertz (1973), consiste en una “descripción densa” de la vida social, es decir, no solo ver lo que se hace, sino interpretar los significados de esos actos dentro de su entorno, permitiendo ir más allá de una recopilación superficial de hechos, en este caso, permite una mejor comprensión sobre cómo las periodistas interpretan y resignifican su experiencia dentro de un contexto marcado por la violencia, el miedo, la censura y, al mismo tiempo, la resistencia.

Es fundamental que en la investigación se hable de etnografía, pero con enfoque feminista, ya que es un concepto que permite descentralizar la mirada y conocer las muchas formas de existir dentro del territorio (Hernández, 2021, p.45), alineando la investigación con una perspectiva que busca no solo entender las realidades de las mujeres periodistas en contextos de conflicto, sino también visibilizar las formas en que estas mujeres asumen sus condiciones de vida, teniendo en cuenta lo estructural y político.

Esto, se articula a la investigación ya que es fundamental identificar las formas en las que los contextos afectan las múltiples dimensiones de una persona, buscando, en palabras de Hernández Castillo (2021) “reconocer otras formas de ser y estar en el mundo”, desde los territorios, lo urbano, los medios tradicionales, la comunicación popular, entre otros.

Género

Al abordar esta investigación, surge la necesidad de definir y separar género y sexo. Según la ACNUR (2011), el sexo abarca las características biológicas y el género se inclina más hacia contextos socioculturales. Es decir, a partir del género se crea una asignación de roles, en mayor medida patriarcalmente asignados.

Según muchas ideologías, por ejemplo, en contextos de conflicto se les asigna una “naturaleza pacífica” a las mujeres, la cual se rompe totalmente cuando toman las armas y militan activamente, pero todo esto se desarrolla en un entorno masculinizado, que las somete a exclusiones y percepciones bastante críticas que se basan en roles de género, estructuras y prácticas sociales (Rodríguez Pizarro & Ibarra Melo, 2013).

Periodismo feminista

Para darle una mejor comprensión a este concepto, resulta apropiado remitirse a la entrevista realizada a Luciana Peker titulada: “El periodismo feminista como resistencia en tiempos de conservadurismo extremo y violencia digital” (Fundación Gabo, 2025), ya que aquí, teniendo en cuenta un escenario patriarcal y conservador, se presenta un tipo de periodismo que busca dar voz a las mujeres que históricamente han sido silenciadas por un sistema que no tiene interés ni en su mirada, ni en su libertad.

Con eso en mente, en la actualidad resulta sumamente complicado ejercer este tipo de periodismo, ya que quienes lo ejercen se enfrentan a un mundo hostil que las obliga a guardar silencio como medida de cuidado, dejándolas no solo sin su labor, sino también quitándole a las personas en general la posibilidad de acceder a la información (Fundación Gabo, 2025).

Memoria individual y colectiva

Según Mascarenhas de Miranda (2019), el concepto de memoria se puede considerar teniendo en cuenta tanto aspectos neurofisiológicos y psicoanalíticos, como sociales. De esta manera, reconociendo aquello que hace parte de una misma se inicia la construcción de memoria individual, con recuerdos y prácticas propias. Sin embargo, esa memoria suele estar estrechamente relacionada con momentos y situaciones compartidas con los otros, y es ahí cuando se vuelve parte de la colectividad.

El concepto de memoria también se podría entender como una consecuencia de las experiencias, convirtiendo a la memoria individual en un punto de vista de la memoria colectiva, en donde podemos hallar un entramado de situaciones que reafirman dinámicas hegemónicas, social y culturalmente hablando, por ejemplo, cuando ocurren violaciones de derechos humanos y la memoria se hace más contundente en los discursos y manifestaciones políticas, siendo intencionada hacia no permitir el olvido (Galindo Salazar, 2011).

Colofón teórico conceptual

A partir del entramado teórico y conceptual desarrollado, fue posible aproximarse de manera crítica al ejercicio periodístico de las mujeres entrevistadas en el departamento del Cauca, entendiendo que sus prácticas, relatos y trayectorias no podían analizarse únicamente desde una dimensión profesional o técnica.

Como vimos, el recorrido por las teorías y conceptos permitió reconocer que el periodismo ejercido por mujeres en el Cauca se configuró en un espacio de tensiones constantes entre el contexto adverso y la decisión de narrar. Más que describir situaciones de violencia o desigualdad, este marco posibilitó observar cómo dichas condiciones incidieron en la manera en que las periodistas construyeron su lugar en el campo comunicativo y establecieron vínculos con los territorios y las comunidades, así como en el ejercicio mismo del periodismo desde diferentes perspectivas, espacios, momentos de vida. En ese sentido, las

categorías abordadas fueron herramientas que ayudaron a comprender la complejidad del ejercicio periodístico en escenarios donde el conflicto, el género y la memoria se entrelazaron de forma permanente.

Asimismo, la articulación entre lo teórico y lo conceptual permitió problematizar el periodismo no solo como un medio de representación de la realidad, sino como una práctica situada, atravesada por decisiones éticas, afectivas y políticas. Las experiencias de las mujeres periodistas, presentadas más adelante, son leídas a la luz de estos marcos, lo cual evidencia que su trabajo se desarrolló en condiciones que desbordaron lo estrictamente informativo y las colocaron en un lugar de mediación entre el dolor, la denuncia y la posibilidad de transformación social. En ese sentido, este ejercicio reflexivo abrió el camino para un análisis más profundo de las historias de vida recogidas, en el que se expone, a través de sus voces, las formas concretas en que estas mujeres, desde su práctica cotidiana, disputaron sentidos, sostuvieron la memoria y ampliaron los márgenes del periodismo en contextos de violencia.

Capítulo 3

La cuestión metodológica

Este trabajo se estableció como de investigación – creación y se desarrolló con una metodología cualitativa que integra las técnicas como la entrevista, que permitieron una comprensión profunda de los fenómenos sociales estudiados, mediante un relacionamiento directo con las involucradas. En este caso particular, esas herramientas permitieron acercarse a las experiencias y perspectivas de distintas mujeres que han estado vinculadas a procesos relacionados con el periodismo en el conflicto armado en el departamento del Cauca.

El propósito de esta elección metodológica es doble: por un lado, buscó propiciar el conocimiento de los contextos donde se ejerce el periodismo en medio de dinámicas de violencia, y por otro, permitió un contraste reflexivo con las experiencias de las mujeres periodistas que participan o se han visto afectadas por estos procesos, revelando así las especificidades de género dentro del ejercicio periodístico en contextos de conflicto.

Para las entrevistas se utilizaron preguntas semiestructuradas con la intención de poder generar un diálogo alrededor de los temas que se trataron, según Bonilla-Castro y Rodríguez (2005), estas entrevistas se pueden considerar como narrativas porque son estudios que combinan historias de vida y contextos sociohistóricos.

Es fundamental aclarar que no se cuenta con una cifra exacta de cuántas mujeres hacen o han hecho comunicación social y periodismo en el Cauca, por lo que no es posible trabajar sobre una muestra probabilística. Por lo tanto, se estableció una muestra intencional, partiendo de las características de los actores sociales que se enmarcan en el tema de estudio, para así, hacer un rastreo de diferentes voces e historias que quisieran ser contadas. Después de la indignación a alrededor de 12 personas, fueron 8 participantes, con realidades distintas, quienes compartieron y aportaron una visión amplia sobre el ejercer en un territorio como el Cauca.

Ahora bien, este trabajo emplea el método de investigación - creación, ya que, a partir de los relatos recolectados, se creó un cuadernillo en dónde se encuentran de forma breve, los relatos de las mujeres entrevistadas. Según el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (2021), esta práctica investigativa vincula la creación con la generación de conocimiento, utilizando herramientas científicas de todo tipo, sin un orden o jerarquía precisos, diferenciados de los métodos tradicionales de aprendizaje.

De esta forma, a través de elementos sensoriales y perceptibles, es decir, por medio de la estimulación a los sentidos del ser humano, se logra intervenir e impactar en procesos cognitivos, uniendo la ciencia y el arte de forma interdisciplinaria, a partir de una aproximación con lo corpóreo y tangible (Beltrán & Villaneda Vásquez, 2020).

En el caso de esta investigación, se asume y emplea el componente de la creación como una forma más cercana de asumir una liberación y compartirla, usando la comunicación como un puente entre ese Cauca que se ha visto, escuchado y sentido devastado; hacia una perspectiva de sanación, comprensión y memoria, todo, por medio de colores, formas y representaciones con la intención de captar la atención del lector e invitarlo a profundizar en la totalidad de la investigación.

Así, los relatos de las entrevistadas no se quedan únicamente en este documento, sino que, mediante elementos visuales se amplía la experiencia de quién accede al contenido, haciéndola aún más significativa, con la posibilidad de conocer los rostros tras las historias, mientras se promueve una nueva forma de acceder al conocimiento, a través del arte, de lo sensible e incluso, lo imaginativo (Silva-Cañaveral, 2016, p.11).

Fases de la investigación

Fase 1: Identificación y selección de actores (mujeres comunicadoras y periodistas)

En esta primera etapa, se realizó un mapeo y reconocimiento de las mujeres que serían

parte del estudio, tomando una muestra de 8 mujeres con el objetivo de conocer sus relatos y experiencias, considerando aspectos como su rol, trayectoria y experiencias.

Fase 2: Observación participante y entrevistas en profundidad

Esta fase buscó profundizar la comprensión del contexto y de las experiencias de las mujeres seleccionadas, lo cual permitió conocer algunas de las dinámicas de su vida laboral y personal.

Se usaron entrevistas semiestructuradas o abiertas para recoger relatos detallados, emociones y percepciones. Las entrevistas fueron realizadas: cuatro de forma virtual y cuatro de manera presencial, principalmente porque las periodistas y comunicadoras se encuentran en ubicaciones alejadas del punto de estudio que es el Cauca.

Fase 3: Transcripción de relatos de vida

Una vez recolectados los datos, se procedió a organizar la información de manera narrativa, en tercera persona, integrando citas textuales para darle autenticidad a las historias, todo esto con la intención de generar una experiencia sensible sobre la trayectoria de cada participante.

Fase 4: Interpretación y análisis de la información

Con la información organizada, se buscaron características en común y tendencias dentro del área de estudio para poder establecer las dificultades, riesgos, violencias y formas de resistencia de las periodistas y comunicadoras del Cauca.

Fase 5: Diseño y diagramación digital

En esta etapa, los relatos de vida fueron adaptados a narraciones más cortas para el

cuadernillo. Todo esto teniendo en cuenta el diseño gráfico, la diagramación y presentación visual para lograr un producto atractivo, accesible y alineado con los objetivos del proyecto.

Instrumento de investigación

Con el fin recolectar, registrar y organizar información relevante del tema, cuyo propósito de investigación fue estudiar la manera en que la violencia de género ha modificado el ejercicio periodístico y comunicativo de las mujeres periodistas en el Cauca en un contexto de conflicto armado, reconociendo los tipos de violencia, sus afectaciones y formas de resistencia que han desplegado en su labor, se llevó a cabo el diseño del instrumento, es decir, de la entrevista realizada a la muestra de mujeres periodistas que a partir de las preguntas lograron contar sus historias y de esta manera vincular sus vivencias en el ejercicio de su profesión, tanto con el contexto como con las violencias que subyacen a la labor del periodismo femenino.

Este instrumento, además de recoger las historias de vida, permitió analizar e interpretar la información recolectada, pues su función permite operativizar el enfoque metodológico, es decir, traducir las preguntas de investigación y las categorías analíticas en procedimientos concretos de producción de datos.

En ese sentido, el instrumento de investigación propuesto se basa y va en coherencia con el marco teórico, el enfoque epistemológico y los objetivos del estudio, lo cual permitió mayor pertinencia, rigor y reflexividad. De tal modo, estas preguntas constituyeron la entrevista semiestructurada buscando direccionar las historias de vida hacia la temática de género y conflicto armado en el Cauca.

1. ¿Desde hace cuánto tiempo te dedicas al periodismo y cómo ha sido el proceso?
2. ¿Cómo describirías tu experiencia como mujer periodista en el Cauca?

3. ¿Has enfrentado riesgos o amenazas como mujer periodista en el Cauca?
4. ¿Cómo describirías tu experiencia teniendo en cuenta el conflicto armado en el Cauca?
5. ¿Tu oficio ha afectado tu vida personal y de qué manera?
6. En tu trabajo, ¿has percibido diferencias en la manera en que afectan el conflicto y la violencia a las mujeres en comparación con otros grupos?
7. ¿Qué estrategias has desarrollado para garantizar tu seguridad y la de tus fuentes al informar en medio del conflicto armado en el Cauca?
8. ¿Cómo te ha afectado el control que ejercen grupos armados ilegales sobre el territorio y sobre la libertad de prensa en el Cauca?
9. ¿Puedes compartir alguna experiencia como mujer periodista en medio del conflicto armado en el Cauca?
10. Desde tu perspectiva, ¿cuáles son los mayores obstáculos que enfrentan las mujeres periodistas para acceder y contar historias en contextos de conflicto?
11. ¿Has abordado en tus reportajes temas relacionados con violencia de género u otras formas específicas de violencia que afectan a las mujeres en el marco del conflicto armado?
12. ¿Qué recomendaciones darías para mejorar la protección, la formación y las condiciones laborales de las mujeres periodistas en entornos como el Cauca?

Capítulo 4

Historias de vida

Ana Maritza Ramírez

La trayectoria de Ana Maritza Ramírez representa un ejemplo del compromiso ético y político que ha caracterizado al periodismo alternativo en el departamento del Cauca.

Comunicadora social de formación, su experiencia ha estado estrechamente vinculada con la comunicación popular y los procesos de reconstrucción de la memoria histórica, especialmente en escenarios atravesados por el conflicto armado y las luchas sociales del suroccidente colombiano.

Desde su formación universitaria, Maritza reconoció a la comunicación como un acto político, cosa que se hace evidente en su trabajo de grado, un documental en donde se narra la historia de las víctimas de la Unión Patriótica en el Cauca. Posteriormente, realizó una maestría en Educación popular, reafirmando siempre su compromiso con los medios alternativos y las narrativas de resistencia. Maritza resalta que le parece fundamental que las personas se formen para hacer sus propios procesos de comunicación para que desde sus dinámicas puedan contar las historias de su territorio.

En el ámbito laboral, nunca ha trabajado en un medio oficial y poco a poco se vinculó a procesos de los movimientos sociales y en la línea de la reconstrucción de la memoria histórica, lo que todos tenemos por contar para ser juntos y en medio de este proceso en la ciudad de Cali, en el 2016 se unió a la Red de Medios Alternativos y Populares (REMAP), un espacio donde la comunicación se entendía como acto sumamente político. Allí, junto a otros jóvenes, reafirmaron su apuesta por la paz, impulsando talleres, producciones comunitarias y relatos sobre la paz, todo esto mientras el país vivía las negociaciones de paz entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en La Habana, un momento clave en la historia de nuestro país. Ella menciona que el acuerdo le devolvió la esperanza.

Viajó a los Llanos del Yará, entrevistó excombatientes, sintió que era posible narrar un nuevo país, pero el plebiscito que rechazó el acuerdo trajo a ella una inmensa decepción: “Lloré abrazando a mi sobrino, le pedí perdón porque ese no era el país que quería dejarle”.

A pesar de ese acontecimiento que la golpeó fuertemente, Maritza siguió trabajando de manera contundente en la lucha popular, y esto la llevó a obtener experiencia en coberturas de movilizaciones, como la Minga Social Indígena de 2019, lo que dejó para ella evidencia los riesgos físicos, emocionales y simbólicos que enfrentan las comunicadoras en el Cauca. Relata cómo, en medio de la violencia estatal y la represión, el miedo se convierte en una constante, pero también en una fuerza movilizadora. En sus palabras, ser mujer periodista en esos escenarios implica una doble carga: la exposición al peligro y la necesidad de demostrar constantemente la validez de su trabajo frente a un entorno mediático y social profundamente patriarcal.

Años después trabajó en el Congreso con un firmante de paz, el exguerrillero Marcos Calarcá. Allí enfrentó el peso del estigma: miradas de odio, comentarios agresivos, periodistas que la juzgaban por portar un pin de las Mujeres Farianas, en donde incluso, en una ocasión, un hombre le preguntó con la intención de intimidarla, a cuántas personas había asesinado. Así mismo, se encontró con comentarios e insinuaciones patriarcales que lamentablemente tampoco son ajenos al ejercicio periodístico: “No te publico si no sales conmigo”. Sin embargo, reconoce que el congreso fue una gran escuela.

En medio de muchos otros procesos, llega la pandemia y el estallido social del 2021 en donde salen a la luz muchas injusticias. Uno de los días que más recuerda fue el viernes 14 de mayo, cuando en medio de las protestas, la URI de Popayán fue incendiada y el ESMAD asesinó a Sebastián Múnica entre gases y caos. Maritza, en medio de las disputas, recibió la indicación de los integrantes de Derechos Humanos para ayudar a contar heridos, en donde lamentablemente registró sesenta heridos en aproximadamente dos horas. “El escenario era

muy difícil y emocionalmente se genera un daño para el que la sociedad colombiana no está preparada”, dijo.

Recuerda con nostalgia acompañarse de colegas y escuchar el himno con profunda emoción y dolor, todo en conjunto. Recuerda la compañía, el consuelo y el cuidado. Reportar a quienes capturaba la fuerza pública, informar y buscar ser comunicación. Sin embargo, los factores de riesgo iban aumentando con los días, vehículos sospechosos, intimidaciones y mensajes anónimos la señalaron junto a otros periodistas y defensores de derechos humanos. E incluso la situación escaló a una amenaza directa cuando un hombre con palabras intimidantes se acercó a ella y a una de sus amigas, la cual, actualmente se encuentra exiliada; a Ana Maritza se le asignó un esquema de seguridad de la Unidad Nacional de Protección (UNP).

Aun así, siguió trabajando en procesos de comunicación y reincorporación con la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) y en uno de sus últimos viajes a territorio, la retuvieron hombres armados, bastante jóvenes; ella no solo se pensaba en el riesgo de la muerte, sino en toda la violencia adicional que podría afectarla como mujer y de hecho, hasta hoy en día escuchar vehículos acercarse por su espalda le genera una sensación aterradora, que también podría ser traducida como un daño irreparable.

Durante un cubrimiento en Belalcázar tuvo la oportunidad de entrevistar a un joven y en medio de este ejercicio, pasó bastante tiempo por lo cual perdió su transporte; en medio de la búsqueda de otro vehículo se le acercó un hombre quien empezó a hacer muchas preguntas sobre ella y su vida personal, situación que claramente la preocupó y motivó más a salir del lugar en el que se encontraba, hasta lograr conseguir una moto que la movilizara. No obstante, en una zona apartada el conductor empezó a disminuir la velocidad y aunque alrededor parecía no haber nadie que pudiera ayudarla si este hombre quería atacarla, el joven

que entrevistó había estado atento y buscó alcanzarla para hablarle y colaborar a que llegara sana y salva a su destino.

La comunicadora reconoce que, a pesar de los avances en la participación femenina, el patriarcado sigue muy presente. Desde los estereotipos asociados a la imagen y la juventud de las mujeres hasta la deslegitimación de su voz profesional, Maritza ha evidenciado cómo la desigualdad de género se manifiesta en las relaciones laborales, en la cobertura de conflictos y en las dinámicas institucionales. Este panorama, sin embargo, no ha disminuido su convicción sobre la necesidad de construir una comunicación con enfoque de género, que reconozca la experiencia, la sensibilidad y el liderazgo de las mujeres en el tejido social, para reivindicar lo que se es, dejar de ver a las personas como cifras y encontrar un significado más profundo.

Hoy, después de muchos años de búsqueda de paz, de hacer comunicación popular y de reivindicar la labor, decide poner pausa a un ritmo acelerado y darle un descanso a su corazón, porque en sus palabras, al país le hace falta amor, amor que fortalezca y que ayude a curar todo ese dolor sin tramitar que cargamos en nuestra historia, una historia de lucha de la que ella ha sido parte, porque Maritza ama a su país, e incansablemente se lo demuestra.

Adriana Espinel

Adriana Espinel nació en Cúcuta, en el norte del país, un lugar en donde la fuerza de la voz se hace cotidiana. Estudió en la Escuela Normal María Auxiliadora de Cúcuta y fue en el periódico del colegio donde conoció su vocación. Estudió Comunicación Social en la Universidad Autónoma de Bucaramanga y allí comenzó a entender que el periodismo no era simplemente una profesión, sino una forma de contar, de preguntar y de aprender del mundo.

Durante su paso por la universidad fue monitorea de la revista Cuestiones, un entorno académico que le dio sus primeras herramientas de redacción, posteriormente se graduó a

mediados de 1999 y, entre ese año y el 2000, hizo parte de la Escuela de Redacción del periódico El Tiempo, donde aprendió sobre la precisión del lenguaje y el valor de informar.

Mientras buscaba una oportunidad laboral, leyó en Vanguardia Liberal un aviso que cambiaría su destino: se necesitaban periodistas para trabajar en el Cauca. La familia Galvis Ramírez, propietaria de varios periódicos regionales, convocaba a reporteros para El Liberal de Popayán. Su madre la animó a presentarse y su padre le dio el dinero de los pasajes, así que, con una determinación envidiable, Adriana empacó su vida en una maleta y viajó al suroccidente colombiano.

Llegó a Popayán en medio de las negociaciones de paz del ex presidente Andrés Pastrana con las FARC-EP, cuando el país presenciaba el cierre del proceso del Caguán. Aterrizó en una ciudad distinta a todo lo que conocía: venía de un lugar muy distinto a la urbe blanca con al que se encontró. Sin embargo, resalta que era muy joven y en sus palabras: “esa época de la vida hace que no se tenga tanta resistencia al cambio”.

Los primeros años en El Liberal fueron de aprendizaje y resistencia, porque el periodismo, como casi todos los oficios públicos, era un terreno masculinizado, que podía llegar a generar tensiones; sin embargo, centrada en su trabajo, se le asignaron primero temas sociales y luego políticos, y fue así como empezó a comprender la complejidad de un departamento que, pese a su belleza, estaba atravesado por la guerra.

Cuando en 2003 se convirtió en corresponsal de El Tiempo en el Cauca, el conflicto armado había recrudecido, eran años de tomas guerrilleras, ataques a estaciones de policía, masacres y desplazamientos masivos, por lo que su trabajo la llevó a municipios donde el Estado prácticamente no existía. Cubrió enfrentamientos en Toribío, un ingreso del Ejército a Santa Rosa y la entrega de grupos paramilitares en el Alto Naya. Popayán, decía ella, era una burbuja, la capital que parecía tranquila mientras en los municipios la violencia se desbordaba.

Del 2003 al 2006 fue corresponsal de tiempo completo y uno de los episodios que más recuerda de su oficio ocurrió hacia 2004, ya que el Ejército se preparaba para ingresar a Santa Rosa, en la Bota Caucana⁴, después de veinte años de ausencia estatal, por lo que varios medios nacionales acompañaron el operativo, y Adriana era la única mujer del grupo. Lamentablemente el panorama pronto se tornó violento, ya que un ataque al convoy militar puso también en riesgo la vida de los periodistas, que iban en otro vehículo bastante cerca y quedaron atrapados en medio del fuego cruzado.

Recuerda que soldados fueron enviados a rescatarlos uno a uno bajo el estruendo de los disparos y se refugiaron en una quebrada por un rato y luego recibieron asilo en una casa campesina. Aquella experiencia la marcó profundamente, dice que fue la primera vez que sintió el miedo físico de la guerra, pero también reafirma la idea de que narrar es una forma de resistir.

Tiene muy presente la primera vez que se negó a ir a territorio, su editor insistía en que fuera a una zona del Tambo llamada La Paloma, pero ni el ejército, ni la policía podían brindarle seguridad. “Fue la única vez que dije no”, relata. En su juventud no pensaba en el peligro, solo en cumplir su trabajo, pero con los años entendió que ese “no” fue también una forma de ser valiente y elegir el autocuidado.

Entre 2006 y 2008, trabajó como periodista freelance para el mismo medio y más tarde fue editora de revistas universitarias, como Plataforma de la Universidad Pontificia Bolivariana, y hasta junio de 2025 fue coordinadora del Centro de Comunicaciones y Medios Audiovisuales de la Universidad Francisco de Paula Santander, donde dirigió la comunicación institucional, la emisora universitaria y el centro de producción de televisión.

⁴ *La Bota Caucana* es una región del sur del Cauca. Aunque rica en biodiversidad y cultura, ha sido uno de los epicentros del conflicto armado, marcado por el despojo de tierras, el narcotráfico y la violencia contra comunidades indígenas y campesinas.

Durante mucho tiempo no pensó que ser periodista la volviera diferente, pero con los años comprendió la importancia de haber sido periodista de guerra y de haberlo hecho siendo mujer. En lugar de perseguir el sensacionalismo de la violencia, se interesó por algunos de sus efectos silenciosos como el miedo, la pérdida, las economías destruidas y también, el papel de las mujeres en la resistencia cotidiana. “El cuerpo de las mujeres es un botín de guerra”, afirma. “Somos las que más perdemos: hijos, padres, compañeros. Y también somos las que sostenemos la vida cuando todo se derrumba”.

Su mirada periodística, influida por esa sensibilidad femenina, se refleja en su voz y se recalca cuando conocemos su perspectiva ambientalista y cómo Adriana cuestionó abiertamente las fumigaciones con glifosato y cómo defendió la vida. Ese enfoque, incómodo para algunos sectores, le valió tanto respeto como rechazo, intimidaciones e incluso censura, no impuesta por las armas, sino por intereses económicos y políticos, los cuales están muy presentes en una ciudad tan pequeña y conservadora.

De hecho, Adriana resalta la importancia de observar lo que creemos cotidiano, porque hacia 2007, recuerda que empezó a notar que un vehículo estaba cerca de su domicilio a distintas horas del día y sospechó inmediatamente, debido a que, por esas fechas había publicado reportajes sobre violaciones de derechos humanos cometidas por el Ejército, lo que la llevó a pensar que aquella intimidación tenía relación con sus notas. Consultó a un contacto de confianza y se lo confirmó: “La quieren asustar”. Cosa que la llevó a bajar el perfil, evitar temas militares y entendió que el silencio también podía ser una forma de cuidado, porque ser periodista mujer en tiempos de guerra es un ejercicio en donde se requiere confiar en la intuición y en la sensibilidad. Precisamente, por eso Adriana resalta la importancia de que las mujeres lleguen a cargos de dirección, para brindar la oportunidad de introducir una mirada más humana y en sus palabras, más completa.

Adriana reconoce que ser mujer periodista implica sacrificios: estar disponible los fines de semana, trabajar sin horarios, vivir al ritmo de los hechos. Todo eso, dice, no es compatible con un modelo convencional de familia, e incluso, durante la pandemia, observó con claridad una desigualdad por los roles de género, ya que las periodistas, además de cubrir la crisis de salud y encargarse de temas laborales, muchas no tenían apoyo en el cuidado de sus familias, lo que la llevó a cuestionarse por la forma en la que se ejecutaba el oficio. Es por eso que reconoce que su vida personal está inmensamente entrelazada con lo laboral porque, como explica, los periodistas son seres muy visibles y es muy complejo mantener ambos mundos separados.

Esta reflexión se vuelve fundamental a la hora de pensar no solo en su vida, sino en la de muchas mujeres periodistas de Colombia, quienes son pilares en la edificación de la memoria y la verdad de este país. Quienes caminan los territorios, escuchan a las víctimas, narran y resisten. Quienes reconocen a la intuición y al cuidado, no como señales de debilidad, sino de inmensa sabiduría. Así, la historia de Adriana Espinel, se convierte en un símbolo de fuerza y determinación, no solo para sus estudiantes, sino para todos los que hemos tenido la fortuna de escucharla.

Olga Portilla

Olga Portilla se graduó como comunicadora social de la Universidad del Cauca en 2011 y desde entonces ha dedicado su vida al periodismo, oficio al que llegó casi de manera intuitiva. Su historia profesional comenzó cuando decidió presentarse directamente en la redacción de El Liberal, sin conocer a nadie, habló con el jefe de redacción, Laurentino Tello, y le pidió una oportunidad para aprender el oficio, por lo que se le fue dada la oportunidad y empezó a colaborar en el periódico, primero realizando reemplazos breves y luego como periodista de planta cubriendo principalmente temas de ciudad, una experiencia que,

recuerda, fue una gran escuela, con al menos ocho periodistas cubriendo distintas áreas, donde se aprendía observando, escuchando y escribiendo.

En 2012 renunció temporalmente a su trabajo en El Liberal debido a su embarazo y su hija se convirtió desde entonces en un eje central de su vida y de su mirada profesional. Aquella experiencia redefinió su manera de ejercer el periodismo y la llevó a comprender la sensibilidad y la fortaleza que implica ser mujer periodista en contextos exigentes, siendo también muy consciente de que el cuidado y el oficio pueden entrelazarse.

Varios meses después, luego de cuestionarse el cuándo volver, Olga toma la decisión de seguir con el periodismo, y su regreso casi coincide con la alianza entre El Liberal y el Instituto de Pensamiento Liberal en el 2013, colaboración de la que nace la unidad investigativa, de la que sería la nueva encargada de las publicaciones de los domingos; allí Olga asumió el rol de investigadora y editora de esta sección, acontecimiento que la llevó a recorrer muchos territorios del Cauca.

En esa etapa recuerda tratar los temas de la entrega de armas en medio del proceso de paz de 2016 y la salida de comunidades de municipios del Cauca, especialmente en Argelia. Recuerda en particular la investigación sobre el asesinato del líder indígena Eider Campo Hurtado, comunicador de la emisora local de Pioyá, en Caldono. En este caso, los responsables fueron capturados y se inició un proceso de justicia orientado por las autoridades indígenas y Olga fue la única periodista externa a la comunidad que acompañó dicho proceso, una experiencia que la marcó no solo como reportera, sino como mujer que empezaba a comprender los matices del oficio y también la importancia de tener siempre una mirada humana.

Luego de casi una década en el periódico, del 2019 al 2022, Olga se vinculó al Programa de Justicia para una Paz Sostenible de USAID, en donde desarrolló estrategias de comunicación en los departamentos del Cauca, Nariño y Putumayo, centradas en el acceso a

la justicia y en el fortalecimiento de comunidades rurales y étnicas, y gracias a ese trabajo conoció de cerca muchos procesos impulsados por mujeres, jóvenes y líderes comunitarios que buscaban nuevas formas de reparación y reconciliación, aunque resalta que siempre fue difícil ver cómo muchas de estas comunidades jamás habían tenido acceso a la justicia y por eso, esa experiencia amplió su comprensión del periodismo como una herramienta para visibilizar y acompañar procesos sociales más allá de la noticia inmediata.

Posteriormente, trabajó con la Fundación Paz y Reconciliación (Pares), en proyectos de seguridad y justicia en el municipio de Morales, Cauca, donde pudo observar los cambios sociales generados por el narcotráfico. Su paso por esta organización reafirmó su interés por los temas de territorio y por la incidencia de la comunicación en escenarios de conflicto.

Con el paso del tiempo, Olga volvió a colaborar con USAID y residió en Cali durante 8 meses, siguiendo muy de cerca procesos con organizaciones sociales y fundaciones como Tengo Ganas, un colectivo juvenil de Santander de Quilichao. Sin embargo, decidió regresar a Popayán al comprender que la distancia con su hija le resultaba insostenible, Olga afirma: “En los trabajos somos reemplazables, pero en la vida de nuestros hijos, no” y resalta la gran relación que ha construido con su hija, sostenida principalmente por la comunicación, cuenta que su hija sabe lo que hace su mamá e incluso es bastante curiosa y se interesa por el oficio.

Esa maternidad, también de entrelaza a su rol como mujer periodista e incluso recuerda episodios en los que fue descalificada por colegas o cuestionada por su independencia. En una ocasión, cuando ella señaló la irresponsabilidad con la que se trató la información de una publicación, un periodista la llamó “niñita” en redes sociales, tal vez en un intento por minimizar lo que dijo; no obstante, Olga es una mujer contundente e incapaz de quedarse callada ante situaciones inadecuadas, cosa que también pudo causar que haya recibido mensajes extraños a través WhatsApp, en donde le hacían muchas preguntas e incluso citándola en distintos lugares. Afortunadamente, la situación no escaló, pero sí la

llevó a limitar la forma en la que interactuaba en redes sociales.

Luego, en marzo de 2025, Olga se vinculó a la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN), entidad que acompaña a los firmantes del acuerdo de paz y desde allí continuó su labor en territorios afectados por la guerra, trabajando directamente con excombatientes y diversas comunidades, acompañando historias de reconciliación, emprendimientos y procesos de reintegración social. “Entendí que la comunicación también puede sanar, escuchar a quienes un día empuñaron las armas y ahora intentan empezar de nuevo me permitió comprender que la paz se construye con pequeños actos cotidianos”.

Durante este proceso conoció iniciativas productivas como Cecoespe que un proyecto de café, la experiencia de un grupo de firmantes que elaboraban muñecas para la paz y en el Patía, conoció a firmantes que se ubicaban en una zona en donde aterrizaban quienes iban a hacer parapente, por lo que se dio origen a un nuevo proyecto colectivo realizado el 5 de septiembre del 2025, el primer Festival de Parapente con participación de firmantes de paz en las hermosas montañas del Cauca.

Todas esas experiencias, la llevan a pensar su labor como un elemento transformador de realidades, y se define con la palabra “empatía”, porque cree es fundamental comprender los procesos de la gente, reconocer su valor y darlos a conocer, no con cifras, sino con rostros, porque toda palabra es un acto de memoria que tiene la capacidad de reconstruir y cuidar.

Angie Ramírez Meneses

Angie Ramírez Meneses nació en Garzón, Huila y desde muy joven mostró una profunda sensibilidad hacia la comunicación, las historias y la radio, pasiones que la llevaron a tomar la decisión de irse de su hogar y trasladarse a la ciudad de Popayán para estudiar Comunicación Social en la Universidad del Cauca. Al llegar, mientras cursaba su primer

semestre, Angie buscó la forma de continuar un aprendizaje en temas radiales y fue así, como conoció a Kike Narváez, un locutor de amplia trayectoria, que le abrió las puertas de su emisora y le ofreció un espacio para hacer radio, asignándole una nota en donde se hablaría de manifestaciones culturales de la ciudad, una experiencia que reafirmaría su vocación.

En medio de este camino que empezó a trazar, en el 2020 recibió el reconocimiento a la mejor audiocreación de los Premios Corte Final de la Universidad Católica de Pereira, por el podcast “Un recorrido por la casa del cacao”, un producto que formó parte del proyecto Viajar el Cauca, realizado desde el Laboratorio de Medios Periodísticos Co.marca Digital de la Universidad del Cauca, en donde empezó a forjar su primera experiencia formal en medios.

Ya en el año 2022, Angie trabajó con la organización Chicas Poderosas Colombia, donde desarrolló dos historias sobre el acceso de las mujeres al poder, una labor que reafirmó su compromiso con la creación de espacios para las mujeres y con la agenda de género. Un año después, en 2023, Angie inicia un camino como periodista en la emisora de paz del municipio de El Tambo, Cauca, un territorio históricamente marcado por el conflicto armado, descrito por Angie como un lugar de tensa calma, principalmente en la cabecera municipal, porque en zonas rurales, como Huisitó, la situación se ha vuelto un poco más compleja debido a disputas territoriales y control de disidencias de las FARC, como el Frente Carlos Patiño.

Angie comenta, que, tras la firma del Acuerdo de Paz de 2016, El Tambo fue reconocido como el municipio de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) más grande del Cauca, lo que permitió la llegada de diversos programas de implementación y proyectos sociales. Entre ellos surgió la emisora de paz de la Radio Nacional de Colombia, un espacio que hoy representa para Angie una herramienta para la educación, la cultura y la reconciliación.

En su rol, es consciente de los riesgos que implica estar en medio del conflicto y narra

que se ha encontrado a menudo con las huellas invisibles de la guerra, desconfianza, miedo y muchas formas silenciosas del dolor que intenta combatir desde su labor, creando un acto de memoria y reconciliación, lo que la lleva a subrayar la importancia de darle realmente un espacio a las personas para compartir su voz. Menciona que recientemente se realizó un podcast sobre líderes sociales de Caldon, sin embargo los editores eran personas externas y se incluyó en la narrativa sonora algunos efectos de disparos y explosiones, que en su opinión, en lugar de mostrar un proceso de reparación, solamente reforzó el concepto de violencia. “Hay que pensar en quien escucha”, señaló, “periodismo debe sanar, no reabrir heridas”.

Lo anterior la ha llevado a construir una mirada sobre el periodismo mediada por su interés en los procesos de género, una agenda propia, pues comprende de primera mano sus implicaciones dentro del ejercicio profesional. En ese camino, ha debido establecer límites personales como medida de autocuidado, como ya no realizar coberturas sola, procurar estar acompañada cuando debe movilizarse a territorio, e incluso en ocasiones ha tenido que recurrir a la “autocensura”⁵, especialmente en temas relacionados con el conflicto, priorizando también la seguridad del equipo y de la comunidad.

De hecho, a los 21 años, recuerda, mientras realizaba una investigación sobre el COVID-19, fue citada por un líder comunitario a entrevistas nocturnas y en un lugar alejado en donde se le pedía ir sola, lo que claramente fue un contexto que consideró inseguro y desistió de esa fuente, reafirmando así la importancia de mantener esos límites para ejercer el periodismo con responsabilidad y cuidado.

Asimismo, ha observado que dentro de los medios a las mujeres se asigna la responsabilidad de cubrir los temas de género, cosa que permite visibilizar cómo se perpetua

⁵ Restricción voluntaria del discurso por parte del emisor, generalmente para evitar riesgos, represalias o conflictos, lo que implica una limitación indirecta de la libertad de expresión.

la idea de que son asuntos exclusivos de ellas, “Género no solo implica mujer”, insiste, por esa razón, está convencida de que estos temas deben ser asumidos por todos los periodistas. Recuerda con especial aprecio a un compañero campesino que comenzó a saludar en las reuniones de su comunidad con un “todos, todas y todes”, y aunque al principio generó risas, con el tiempo toda la comunidad adoptó su saludo, pequeños gestos son la semilla de un cambio cultural profundo.

Su compromiso también se refleja en la forma de presentar a las personas entrevistadas, para ella el periodismo debe reconocer cómo cada persona desea ser nombrada, porque el respeto en el lenguaje es una forma de justicia; en consecuencia, menciona que en su trayectoria pudo evidenciar cómo muchas personas se refieren a las mujeres como “las niñas”, un término aparentemente afectuoso que en realidad les restaba autoridad y reconocimiento profesional.

Reitera que el trabajo ocupa una gran parte de la vida de una persona, por lo que los espacios laborales deben ser seguros, respetuosos y libres de violencia. Así mismo, procura crear ambientes laborales seguros y comprensivos, especialmente con las mujeres que asumen roles de cuidado, porque para ella, la empatía y el respeto son también herramientas de transformación.

Destaca, que en diciembre de 2024, RTVC ⁶lanzó el Primer Observatorio de Equidad de Género en las Comunicaciones de Latinoamérica, una estrategia no opcional en la que participaron hombres y mujeres, incluyendo talleres con enfoque de género impartidos por expertas en la materia. Aun así, reconoce que queda mucho por hacer y cree que las mujeres deben habitar los lugares difíciles para transformarlos desde dentro, por eso insiste en construir desde los medios públicos, convencida de que su presencia dejará un precedente.

En la actualidad, Angie enfoca su labor en los procesos culturales, educativos y

⁶ Radio televisión nacional de Colombia RTVC s.a.s (sistema de medios públicos).

comunitarios, coordinando el programa Encuentros de Paz, desde donde difunde la implementación del Acuerdo de 2016 y visibiliza las voces de firmantes, víctimas y organizaciones sociales, no con la intención de narrar la guerra, sino de relatar lo que viene después desde la memoria y la esperanza.

Porque para Angie, su oficio seguirá siendo un compromiso con la vida, con las historias y con el Cauca que tanto ama. Un compromiso que se teje en la cotidianidad de quienes creen en la posibilidad de construir un país distinto, en este caso, desde un periodismo que nace del amor y de las voces que, junto a ella, resisten todos los días.

Diana Collazos

Diana Collazos se define, ante todo, como una mujer Nasa del Resguardo Indígena Nasa Kiwe Tekh Ksxaw, en Santander de Quilichao y desde hace más de diez años empezó a hacer comunicación desde procesos comunitarios y políticos del norte del Cauca. En 2010 ingresó como guardia indígena y allí conoció los procesos comunicativos del movimiento y tres años después, en 2013, se vinculó por completo al Tejido de Comunicación de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), a través de Radio Payumat, una historia que muestra cómo la palabra, cuando nace desde la comunidad, puede convertirse en una herramienta de resistencia.

“Yo no busqué ser parte de los procesos de comunicación, se fue tejiendo en la misma lucha que camina la comunidad”, dice, al recordar sus inicios en un proceso que califica como un enamoramiento con la comunicación. Menciona que comenzó organizando la videoteca del Tejido, y allí pudo observar documentales que narraban las luchas históricas por la tierra, como: “Somos alzados en bastones de mando” y “País de los pueblos sin dueños”, mientras paralelamente participaba en video foros en los territorios, espacios que servían para reflexionar sobre las luchas y agendas propias.

Entre 2013 y 2015 ya se dedicó de lleno a la radio comunitaria, participando en el informativo del Tejido y en la mesa de redacción y reacción, como solían llamarla. Desde allí aprendió a leer el contexto más allá de los titulares, comprendiendo las noticias desde la mirada del territorio y afianzando sus prácticas comunicativas con un compromiso colectivo profundamente cargado de sentido político y espiritual, conociendo así al Proceso de Liberación de la Madre Tierra. En consecuencia, Diana toma la decisión de fortalecer sus conocimientos en la Universidad Autónoma Indígena Intercultural (UAIIN) cursando estudios en Comunicación propia intercultural, un proceso que le permitió unir la cosmovisión Nasa con las herramientas del periodismo.

Ya en el 2015, con muchos saberes adquiridos, Diana decidió dejar el Tejido para vincularse por completo al proceso de Liberación de la Madre Tierra, una de las luchas más emblemáticas del pueblo Nasa contra la agroindustria cañera en el norte del Cauca. Este movimiento, iniciado en diciembre de 2014, buscaba recuperar los territorios ancestrales arrebatados por el monocultivo de caña. Diana se desempeñó allí como comunicadora popular, acompañando las mingas, los puntos de liberación y los espacios de formación política y comunicativa, sin embargo, en medio de ese trabajo enfrentó constantes ataques de la fuerza pública, situaciones que la pusieron en mucho riesgo e incluso, varios de sus compañeros resultaron heridos.

En medio de este proceso, Diana fue parte del equipo que creó la estrategia “¡Vamos al Corte!”, un programa que narraba la vida y la resistencia en los territorios liberados, desde la voz de quienes siembran y defienden la tierra, no desde la mirada externa y dicho proyecto logró tejer alianzas con colectivos de comunicación y realizar programas en vivo en distintos territorios. Sin embargo, este trabajo también estuvo marcado por el miedo y las amenazas a compañeros, circunstancias que muchas veces les impidieron transmitir y movilizarse libremente.

A pesar de ello, su liderazgo se fortaleció y entre 2015 y 2019 continuó acompañando el proceso de Liberación, para posteriormente regresar al Tejido de Comunicación del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). Desde allí ha contribuido a articular el trabajo de los doce colectivos en el Cauca, convencida de que el ejercicio comunicativo del CRIC no constituye solo a una agencia de prensa, sino a un proyecto político que defiende la vida y la autonomía de los pueblos.

Más tarde, entre 2019 y 2020 realizó una recopilación de relatos para la Comisión de la Verdad, enfocándose más en el conflicto armado y en los escenarios de violencia que afectaron a sus compañeros que buscaron aportar en la construcción de paz. Recuerda con nostalgia esos sucesos porque ocurrieron de manera previa al estallido social de 2021, hecho en el que tuvo que presenciar como la fuerza pública arremetió contra civiles hiriendo a muchos compañeros e incluso, su mejor amiga estuvo a punto de perder la vida.

Estas experiencias la llevan con nostalgia a recordar otras pérdidas, como el asesinato de su hermano en 2014, el cual quedó impune. En el 2018 el asesinato del líder indígena Edwin Dagua en la vereda Los Chorros. Así como la pérdida de su gran amiga, la comunicadora Beatriz Cano, en un atentado por parte de disidencias en el 2021. Expresa: “El dolor no se repara, pero a través de otros se hace más liviano, colectivo”.

Diana reconoce que la lucha de los pueblos indígenas, implica un riesgo, pero el ser mujer implicó desafíos aún mayores. El machismo y el patriarcado atraviesan tanto la sociedad en general como a los espacios comunitarios, además, durante las arremetidas militares, escuchó amenazas directas de violencia sexual: “decían que, si nos cogían, nos iban a violar”, experiencias que la marcaron profundamente y la llevaron a comprender que las mujeres indígenas no solo se enfrentan a las injusticias sociales y al conflicto, sino también contra las violencias simbólicas y estructurales de sus propios territorios, cosa que evidenció principalmente con intentos de manipulación y con escenarios en los que muchas veces, al no

estar de acuerdo con ciertas opiniones, buscaban minimizar sus sentires con frases como “cálmese” o “modérese”.

A pesar de todo, Diana, ha encontrado una manera de transformar el dolor en fuerza y de hacer memoria desde la voz de los pueblos, porque para ella, la radio y la palabra son herramientas que sanan, porque considera que la radio no es invasiva y permite construir confianza, acompañar y tejer comunidad, insistiendo en la importancia de ser prevenidos y de entender el autocuidado como una forma de resistencia.

Actualmente, sus funciones dentro del CRIC van más allá de la radio, y continúa acompañando procesos sobre el cuidado de la Madre Tierra, la defensa del territorio y la búsqueda de paz, todo esto, con una comunicación mediada por la sensibilidad que resalta de las mujeres, pero también por un profundo espíritu de lucha y esperanza. Diana representa a las mujeres que comunican para sanar, liberar y mantener viva la memoria de su territorio, con una palabra que está tejida con la tierra y se nutre por su pueblo.

Diana Mery Jembuel

Diana Mery Jembuel Morales, nació en el resguardo indígena de Guambía en Silvia, Cauca, donde es más conocida como “Mamá Diana”, un reconocimiento que se otorga a quienes han ejercido autoridad, símbolo de respeto y confianza comunitaria. Diana, ha dedicado su vida a un propósito que trasciende las fronteras del periodismo tradicional: comunicar para cuidar la memoria, la identidad y la vida de su pueblo.

Su camino comenzó en la radio comunitaria, donde descubrió el poder de la palabra y ya son más de diez años trabajando en emisoras indígenas del Cauca, proceso que le ha permitido acompañar el caminar de diversos pueblos indígenas como los Nasa, Misak, Inga y Embera, entre otros. Reconociendo que hacer comunicación desde los territorios es un desafío, pero también una forma de defender la vida.

Diana se formó como Comunicadora Social y Periodista en la Universidad Externado de Colombia, graduándose en 2016, y posteriormente obtuvo la Maestría en Comunicación Política de la misma institución, en 2022. Desde la academia, ha procurado crear puentes entre el conocimiento de aula y los saberes ancestrales, dictando clases sobre comunicación indígena, historia y democracia en universidades como Los Andes, la Javeriana, el Rosario, la Universidad Libre y el propio Externado, con un paso por las aulas no solo académico, sino también político, llevando la voz de los pueblos indígenas a espacios donde históricamente no ha sido muy escuchada.

En su territorio, ha recorrido zonas de alto riesgo, donde la presencia del Estado es mínima y los grupos armados ejercen control, de hecho, recuerda haber estado en zonas donde le han pedido no portar su traje tradicional, pero insiste en que esos sacrificios individuales son para el bien colectivo y expone: “No hay muchas medidas de seguridad para los periodistas, pero vale la pena, se arriesga la vida, pero se defiende la verdad”.

De igual forma, su trabajo ha estado profundamente vinculado a los procesos organizativos de los pueblos indígenas. Hizo parte del Tejido de Comunicación del CRIC, de la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) y de una corporación de abogadas indígenas, en la que coordinó el componente de comunicación intercultural con enfoque de género. Asimismo, participó en la Primera Cumbre Continental de Comunicación Indígena, realizada en Colombia en 2010, y acompañó la elaboración de la primera política pública de comunicación y televisión indígena del país. A su vez trabajó en Agenda Propia, un medio de investigación independiente y de cocreación periodística intercultural en América Latina, dedicado a tejer historias sobre las realidades de pueblos indígenas, campesinos, afrodescendientes y otros grupos sociales.

Ha sido autoridad indígena de su territorio en dos ocasiones, en 2012 y 2023, y en ese último año, formó parte de una estructura de 152 autoridades, entre gobernadores, secretarios

generales, alcaldes y alguaciles, elegidos por la comunidad debido a su liderazgo y compromiso en una lucha que no ha sido fácil. Recuerda el secuestro de uno de sus compañeros de autoridad por parte de las FARC, episodio que la llevó a acompañar su búsqueda y pese al miedo, cuando lo encontraron, fue la primera en bajarse de la chiva en la que se movilizaban para enfrentarse a los captores y contribuir a su liberación.

En medio de su oficio ha vivido amenazas, ataques y momentos de riesgo que la han llevado a aprender del cuidado y las precauciones, entre su relato menciona lo dolorosas que han sido las pérdidas de muchos compañeros y recuerda que, en 2021, tras el asesinato de Nazaria Calambás Tunubalá, debió movilizarse a Morales para hacer una entrevista, pero no sabía que para salvaguardar su integridad, iba a tener que ocultar su rol de comunicadora , cambiar su vestimenta tradicional y hasta usar un tapabocas para pasar desapercibida.

En ese camino, para Diana, ser mujer indígena también ha implicado abrir caminos en espacios dominados por voces masculinas, enfrentando el machismo tanto dentro como fuera de las comunidades, así como la condescendencia de algunas personas que con fallidos intentos buscaron minimizarla, pero su respuesta siempre ha sido desde el respeto y la coherencia. Por estas experiencias, menciona que es fundamental hablar de comunicación con enfoque de género y realiza talleres de formación en estos temas, usando diversas herramientas que también ayuden a reconectar con el territorio.

Además de periodista, Diana es madre, y ese rol atraviesa su ejercicio profesional. Su esposo y sus hijos la acompañan en los viajes y procesos de los que hace parte. La maternidad, lejos de limitarla, le ha permitido comprender la comunicación desde la ternura y el respeto, construyendo narrativas que humanizan los territorios, principalmente porque ha presenciado múltiples situaciones que la conmueven como madre, no solo en negativo, sino que también celebra que nuevas generaciones estén más involucradas para hablar de género y diversidad desde las comunidades.

Su periodismo no busca la primicia, sino la profundidad. Antes de encender una cámara o una grabadora, se sienta a escuchar: “La confianza es sagrada, y si una comunidad abre su corazón, hay que cuidar esa palabra”. Porque esto, nos llevará a construir un periodismo solidario y que resiste al sensacionalismo de la guerra.

Finalmente, Diana extiende una invitación a de tejer redes y compartir saberes, reconociendo que las historias también se construyen desde la unión. Aconseja romper el miedo, pero con prudencia, y sin dejar de lado la responsabilidad del oficio. Mientras tanto, ella seguirá caminando entre emisoras, la academia y la comunidad, en sus palabras, “desaprendiendo”, y enseñando, porque comunicar es una forma de existir y se existe mejor en libertad.

Yolanda Ramírez

Yolanda Ramírez, comunicadora social y periodista nacida en Popayán, egresada en 1994 de la Universidad del Valle, hizo parte de una generación que vivió la universidad pública como un escenario político, en el que estudiar también significaba resistir, principalmente por las transformaciones políticas y sociales que en ese momento atravesaba el suroccidente colombiano.

Sus primeros pasos fueron como practicante en el periódico La Palabra de la Universidad del Valle y en el Centro de Promoción de la Salud de la misma institución, donde diseñaba estrategias de comunicación junto a la Facultad de Salud. En ese proceso tuvo sus primeros acercamientos al periodismo profesional, colaborando con el Diario de Occidente, y consolidó su interés por el diseño de procesos de comunicación comunitaria.

Recién graduada, regresó a Popayán y comenzó a trabajar en el diario El Liberal como redactora social y cultural, convirtiéndose en una de las primeras periodistas payanesas en integrarse a la redacción del medio. Reconoce que a finales de los años 90 y comienzos de los

2000, cubrir el Cauca era una tarea peligrosa, principalmente porque viajar a zonas rurales significaba poder enfrentarse directamente con grupos armados y en su caso, debido a la falta de recursos, podían movilizarse cuando alguien estuviera en la disposición de transportarlos, bien sea en moto o acompañando convoyes del Ejército o la Policía, una práctica, que, aunque riesgosa, era algo común en esa época.

A causa de lo anterior, vivió una situación en la vía a Mondomo cuando viajaba con un fotógrafo tras un convoy militar que fue atacado y debido a la cercanía que llevaban, tuvieron que lanzarse a un lado de la carretera para resguardarse del fuego cruzado. Del mismo modo, menciona un cubrimiento que hizo con el proyecto Çxhab Wala⁷ en Tierradentro, trayecto en donde fueron advertidos de que miembros de las FARC ya sabían de su presencia en el territorio y debían estar preparados para un posible retén. Ante la tensión del momento, el conductor les indicó que en caso de ser detenidos todos debían presentarse como integrantes del proyecto y así fue, un diálogo breve con un comandante bastante cordial que no quería quitarles mucho tiempo y que después de unas preguntas, únicamente les entregó un comunicado pidiendo su colaboración para la difusión, dejándolos con algo de miedo, pero a la vez alivio por el breve encuentro.

Yolanda continuó su camino ingresando al SENA aproximadamente en el año 1996, donde trabajó en el área de comunicación organizacional y permaneció allí un tiempo antes de regresar a El Liberal, esta vez como redactora local, en donde con el paso de los años fue ganando responsabilidades, hasta convertirse en editora general durante dos años y medio, un rol en el que cubrió prácticamente todos los temas del diario, en jornadas demasiado extensas, pero profundamente reconfortantes.

Sin embargo, el Cauca no fue ni es fácil, y diariamente tenía que conocer historias

⁷ Çxhab Wala fue un programa impulsado por la Unión Europea, que permitió visibilizar a las organizaciones del Cauca y visibilizar su trabajo en pro de Tierradentro.

desgarradoras de la región, entre ellas, la masacre de Ortega, Cajibío, en el 2000, un hecho devastador que la marcó profundamente. En otra ocasión, en El Liberal, Yolanda quedó encargada de atender las llamadas del medio y ese día recibió una llamada de uno de los superiores del ELN, quien se contactó para brindar información sobre un grupo de personas secuestradas. El hecho la sorprendió y evidenció cómo, en medio del conflicto, los periodistas se convertían en intermediarios involuntarios entre los actores armados y la sociedad.

Precisamente, por las situaciones ya descritas, a finales de los noventa e inicios de los 2000, algunos periodistas del Cauca recibieron formaciones en autoprotección con periodistas de guerra de otros países, incluyendo como aprender a identificar carros bomba, a reaccionar ante posibles secuestros y a manejar la tensión en zonas hostiles.

Ya en 2002, trabajó en la Alcaldía de Popayán, y hacia 2007 ingresó al Observatorio de Paz Cauca - Nariño, un proyecto del Gobierno Nacional en convenio con la Universidad del Cauca. Paralelamente, inició su proceso como docente en la Institución Universitaria Colegio Mayor del Cauca, dictando clases de comunicación organizacional y lectoescritura, mencionando que valora mucho cuando se le llama “profe” porque siente que tuvo la oportunidad de sembrar algo en otros.

En su trabajo con el Observatorio de Paz, recorrió municipios del sur del Cauca y conoció de cerca los impactos del conflicto. “El territorio se entiende caminándolo”, afirma. Mientras reconoce que esas experiencias son grandes escuelas para un periodista. Durante sus recorridos por la baja Bota Caucana, pudo evidenciar cómo integrantes de grupos armados estaban atentos a su presencia, pero eran cotidianos para la comunidad, la cual advertía a los miembros del Observatorio tener cuidado con cierta información o palabras pudieran usar.

Seguido a este periodo, en 2012, Yolanda se vinculó a la Corporación Nasa Kiwe⁸,

⁸ La Corporación Nasa Kiwe es una entidad pública adscrita al Ministerio del Interior de Colombia, encargada de liderar procesos de reconstrucción, gestión del riesgo y desarrollo social en comunidades étnicas y poblaciones vulnerables de 40 municipios en los departamentos del Cauca y Huila.

entidad adscrita al Ministerio del Interior. Allí, trabajó en varias áreas, empezando por rediseñar el proceso de comunicación para la certificación en calidad, para luego centrarse en la Estrategia de Divulgación y Comunicación para la Gestión del Riesgo de Desastres, implementada en comunidades de Tierradentro afectadas por fenómenos naturales. Trabajó allí cerca de trece años, hasta 2024, desarrollando y fortaleciendo materiales educomunicativos. Para finalmente, en la pandemia encontrar en la escritura una forma de conocer y reconectar, liderando con inmenso cariño la sistematización de esas experiencias en cartillas de educación y comunicación.

En Nasa Kiwe, Yolanda dice que encontró su “trabajo soñado”, un ejercicio comunitario que integraba comunicación, pedagogía y servicio, dimensiones que la llevaron a trabajar con comunidades indígenas, afrodescendientes y mestizas, y reafirmando su convicción de que el periodismo y la comunicación debían utilizarse para cuidar la vida.

No obstante, ese trabajo también implicó volver a estar en contacto con zonas de conflicto, y el mismo año en que ingresó, tuvo que estar durante la visita del expresidente Juan Manuel Santos a Toribío, una de las jornadas más recordadas por el país, porque fue recibido en medio de abucheos, protestas de habitantes de varios municipios y ataques de grupos armados, haciendo que la jornada se desarrollara con dificultad. Al salir, Yolanda recuerda tener que movilizarse en el trayecto entre Toribío y Santander de Quilichao cuando se comenzaron a escuchar disparos y la preocupación se extendió entre la población, para pronto conocer la noticia de que un avión Súper Tucano del Ejército había caído en las montañas de Jambaló, y se desconocían las razones de su declive, incrementando la incertidumbre y el miedo en la zona.

En otra ocasión, cerca de Caloto, mientras viajaba con un estudiante y un conductor que llevaba una semana en la entidad, fueron interceptados por las FARC. Yolanda implementó todo lo aprendido en los talleres de seguridad y, pese a la intimidación, Yolanda

recuerda: “Le dije que éramos comunicadoras. Le toqué el brazo y le dije: usted tiene el poder, pero no le conviene llevarme, tengo un problema articular, no le voy a servir”. Y con serenidad y temple respondió a todas y cada una de las preguntas hasta que los dejaron continuar, no sin antes quitarles el vehículo en el que se movilizaban.

Afirma que el peligro es inmenso para cualquier periodista, pero reconoce que ser mujer añade un factor adicional de riesgo. “Si deciden llevarte, el peligro es distinto”, dice con franqueza. Aun así, nunca permitió que la trataran con condescendencia, aprendió a forjar un carácter fuerte y a ganarse el respeto de quienes estaban a su alrededor, reconociendo que, aunque existían intenciones de coqueteo o manipulación emocional, aprendió a sortearlas con inteligencia y límites claros.

Yolanda valora especialmente la empatía y la sensibilidad femenina en el oficio. “Hay una ventaja al ser mujeres y es esa sensibilidad para ver lo que no es obvio.” En su experiencia, esa intuición salva vidas. En sus reflexiones, insiste en que el Cauca es un territorio donde la imprudencia se puede pagar con la vida, por lo que aconseja a las nuevas generaciones contextualizarse histórica y socialmente, conocer cómo se mueve el conflicto y ejercer el autocuidado.

Hoy, después de tantos años de riesgo, viajes y redacciones, trabaja en corrección gramatical y proyectos editoriales, retomando una pasión que había dejado en pausa, pero recordando siempre que el periodismo debe ser sostenido por ética, prudencia y pasión, llevando consigo la fuerza y la sensibilidad de una mujer que, desde el corazón del Cauca, ha hecho con del periodismo memoria y vida.

Ismenia Ardila

En el periodismo del Cauca hay nombres que se pronuncian con respeto, y uno de ellos es el de Ismenia Ardila. Su trayectoria, tejida entre la palabra, la resistencia y la

búsqueda de la verdad, es el retrato de una mujer que vivió el conflicto armado desde su infancia hasta su oficio.

Nació en San Vicente de Chucurí, un pueblo santandereano donde surgió el ELN y murió Camilo Torres. Desde pequeña, Ismenia conoció los matices del conflicto y de la discusión política, siempre se destacó por ser muy participativa, por sus habilidades para hablar y para liderar. Recuerda que sus hermanos le dijeron: “tú podrías ser buena periodista”, una aparente predicción.

Se formó como Comunicadora Social y Periodista en la Universidad Autónoma de Bucaramanga, y desde antes de graduarse trabajó en el periódico universitario, para luego convertirse en corresponsal del diario Vanguardia Liberal en su pueblo, recibiendo como pago \$500 pesos por foto y \$750 la noticia. Su práctica profesional la realizó en ese mismo periódico y aunque su intención era generar contenido cultural, la realidad de su territorio la llevó al periodismo de guerra.

Miembros de grupos armados ya conocían su rol y empezaron a buscarla cuando requerían difundir alguna información como pruebas de supervivencia en casos de secuestros, lamentablemente esa cercanía con la noticia también le trajo amenazas, pero ella decidió continuar. Al graduarse, el alcalde destacó su apoyo en temas culturales y la invitó a trabajar en el proyecto cultural en su pueblo, pero el peligro no cesó, su nombre apareció en panfletos paramilitares y la angustia regresó. Ha vivido la guerra en todas sus formas y recuerda terriblemente el olor de la sangre tras una masacre en su pueblo, “un olor imposible de olvidar”.

Recuerda que en abril de 1988, después de la desaparición de varios campesinos de la región, llegó la información de que sus cuerpos estaban en una cueva. El lugar fue encontrado y la Defensa Civil descendió más de cien metros para finalmente hallarlos, pero no solo a ellos, se encontraron decenas de cuerpos, algunos de hace tiempo y otros que al parecer

habían tirado vivos. Ella cubrió la noticia, tomó fotografías y un 1 de mayo, el reportaje de este hallazgo macabro ocupó la primera página. El lugar, hoy conocido como Hoyo Malo, marcó su vida y reafirmó su compromiso con su pueblo y con la verdad.

Este acontecimiento agudizó las amenazas, que la llevaron a tomar la decisión de retirarse, sin embargo, el medio no quiso perderla y le ofreció trasladarse al diario El Liberal de Popayán, recién adquirido y en proceso de modernización. Ismenia aceptó y el Cauca la recibió en enero de 1991, junto a otros seis periodistas de Bucaramanga.

Comenzó su trabajo manejando página nacional e internacional, en una época marcada por grandes tensiones como la Guerra del Golfo y el aumento del paramilitarismo en Colombia. Panorama en donde también, conoció de cerca el posacuerdo de paz con el M-19 y luego el proceso con el Movimiento Jaime Bateman Cayón, como si el conflicto la acompañara en cada paso de su carrera.

Tras un año en Popayán, regresó a su pueblo, pero el conflicto estaba mucho más radicalizado y recibió una amenaza directa que le daba solo cinco días para abandonar el lugar. Salió de madrugada, con el corazón arrugado y a finales de 1992, volvió a Popayán. Inició en Radio Súper, fue jefa de prensa de la Gobernación, fue jefa de comunicaciones de la Alcaldía, entre otros muchos cargos, recordando que, en aquellos años, las oficinas de prensa eran precarias y de poco personal, dificultando muchas veces la labor.

Desde la Gobernación, acompañó a varios mandatarios en consejos de gobierno, escribió discursos y comunicados y durante los años posteriores a la firma del Acuerdo de Paz, participó en numerosos actos simbólicos por la reconciliación en el Cauca. En su trayectoria, lideró iniciativas humanitarias y ecológicas y también fue parte de la Universidad del Cauca, en donde trabajó tanto en el área de investigación, como en la docencia, siendo profesora catedrática en Comunicación Social, Literatura e Historia, programas que recuerda con cariño.

En su camino, Ismenia regresó en cuatro ocasiones a El Liberal. La última, como directora, cuando el diario cumplió setenta años y formó a decenas de jóvenes reporteros, orientando coberturas y defendiendo la ética. Relata que su vida se dividió entre el periodismo y la institucionalidad, y en sus más de 30 años en Popayán, dedicó la mitad a hacer reporteria, una etapa en la que tuvo que escribir sobre muchos temas, como el paramilitarismo, lo que resultó en llamadas anónimas diciéndole que se cuidara.

En el Cauca, durante su paso por el periodismo, Ismenia pudo tener una radiografía muy amplia del departamento, desde la guerra de los carteles, la violencia política, la corrupción y pirámides financieras, editoriales que, de hecho, le costaron nuevas amenazas. Así mismo, en su equipo de trabajo se pudieron conocer muy de cerca hechos atroces, como la masacre de Los Uvos, la del Nilo y la del Naya, asesinatos masivos que reflejan el dolor que carga este territorio y muchas veces, quienes lo habitan.

Entre las tragedias, hay un acontecimiento que la marcó profundamente, el caso de la masacre de Ortega, en Cajibío. En ese entonces era jefa de redacción y el Ejército le ofreció un espacio en un helicóptero para que un periodista del diario cubriera el hecho. Enviaron a uno de los reporteros más experimentados, sin embargo, cerca de las cinco de la tarde regresó con una actitud devastadora, temblaba, y era incapaz de narrar lo que había visto. Ismenia intentaba calmarlo mientras él, poco a poco, encontraba las palabras, había cuerpos desmembrados y restos colgados de los árboles para que, al llegar, esa fuera la primera escena en presenciar. Ese día, teniendo al reloj en su contra, se reorganizó la edición del periódico y con la serenidad que solo otorgan los años de oficio, logró publicar la noticia antes del cierre de un día difícil.

Como ese, fueron muchos días más, entre los que recuerda, está la noche en que un atentado sacudió a la ciudad y tuvo como blanco al director del DAS cerca de las ocho de la noche, cuando El Liberal ya había cerrado edición, y las luces comenzaban a apagarse. La

noticia irrumpió y sin pensarlo dos veces, envió a un reportero judicial al lugar de los hechos y en cuestión de minutos, reorganizaron todo el periódico para coordinar una edición especial que reconstruyó el recorrido del vehículo atacado y la magnitud del atentado, todo, mientras la ciudad buscaba comprender qué había ocurrido.

Así, muchas veces cuando ya estaba a punto de irse a casa, sonaba el teléfono: “están atacando”. Entonces, comenzaba una jornada de llamadas desde el teléfono fijo al lugar hasta que alguien respondiera y confirmara lo sucedido. También recuerda la Operación Milenio I y II, golpes al narcotráfico que sacudieron al departamento, redadas durante las cuales fueron capturadas varias personas, algunas conocidas en la ciudad, e incluso, una funcionaria de la Oficina de Pasaportes. La noticia fue tan impactante que El Liberal abrió la edición a seis columnas y la demanda era tan grande que empezaron a vender copias en las calles por mil pesos, una muestra de la magnitud del suceso y del valor de la información. En su memoria se acumulan muchos días y noches así, marcados por primicias, masacres, enfrentamientos y coberturas que exigían una mezcla de coraje y sensibilidad.

Entre 2014 y 2015 se retiró para acompañar a su madre en Santander y allí, asumió la jefatura de la Gobernación de Santander, pero en Popayán ya hacía falta su trabajo y el gobernador la contactó para que volviera a su segundo hogar, de vuelta al Cauca y durante los últimos ocho años ha organizado ceremonias, cumbres y posesiones oficiales, de hecho, es miembro de la Asociación Colombiana de Protocolo, dejando atrás, poco a poco, las heridas de la guerra.

De vuelta a lo personal, Ismenia reconoce que la maternidad haciendo periodismo fue un desafío. Sus dos hijas, María José y Alejandra, crecieron entre cabinas de radio, redacciones y eventos culturales. Expresa: “Amaba mi trabajo, pero el periodismo deja huellas. No es fácil volver a casa después de un día lleno de violencia y ser una mujer amorosa. La carga emocional es inmensa”. Recalca que el periodismo lo exige todo y aunque

no estuvo tan presente como lo hubiera querido, tuvo la oportunidad de sembrar en sus dos hijas la curiosidad y el amor por narrar.

En el trabajo, ser mujer tampoco fue fácil. En un mundo de hombres, enfrentó jefes autoritarios, intentos de manipulación y acoso laboral. Ismenia cuenta que afortunadamente pudo irse de esos lugares, pero subraya que no todas las mujeres tienen esa posibilidad, principalmente en un sistema patriarcal que tiende a señalarlas.

Expone que generalmente, las fuentes oficiales suelen ser hombres, pero desde lo comunitario, es la voz de las mujeres la que se hace presente, una misma voz y sensibilidad que cree llevan consigo las periodistas, cualidad esencial principalmente cuando se trata de cubrir el conflicto, porque es un espacio lleno de víctimas, viudas y huérfanos, en sus palabras: “la herencia más triste de la guerra”. Y es ahí, cuando el valor del periodismo radica en ponerle rostro a los números, en escuchar las historias y en ser lo más humano posible. Afirmo con convicción de que no se trata de quién es mejor, sino de que hombres y mujeres son un complemento valioso en el oficio y deben llevar como elemento principal, la pasión, porque es una labor ardua y muchas veces son más historias sin contar, que las que llegan al papel.

Por ello, a sus colegas los invita a ser cuidadosos con las fuentes, y a saber cuándo usar la autocensura como medida de cuidado. Los motiva a tener principios firmes y no caer en sobornos o trampas del ego, a recuperar los géneros narrativos y a contar historias con rigor y sensibilidad, jamás sobre falacias. Porque el periodismo da muchas experiencias, pero exige preparación y compromiso.

Hoy en día, Ismenia sigue escribiendo con la pasión y el cariño que la caracteriza, convencida de que el periodismo debe tener alma y conciencia. Y aunque hace algunos años enfermó de la rodilla, lo toma con serenidad, y honra su recorrido diciendo: “¿Cómo no va a doler?, si he caminado tanto”.

Capítulo 5

Discusión y hallazgos

En el marco del conflicto armado en el Cauca, las mujeres que ejercen comunicación y periodismo enfrentan un doble riesgo: por un lado, las amenazas y la violencia asociadas al contexto conflictivo, como ataques u hostigamientos, y por otro, formas de violencia y presión específicas por su género, las cuales amplifican su vulnerabilidad y limitan su ejercicio profesional.

A pesar del incremento en la participación de mujeres en el campo periodístico durante los últimos años, las estructuras sociales y los estereotipos de género continúan siendo un obstáculo significativo que limita su posibilidad de acceder y desarrollarse en esta profesión en condiciones de igualdad con los hombres (Comisión Interamericana de Derechos Humanos [CIDH], 2018, p.17).

Esto se confirma, mediante la información recolectada en donde el 100% de las entrevistadas asegura que sí ha percibido una diferencia dentro del oficio, en el trato hacia las mujeres, creando un fenómeno generalizado en donde son víctimas de violencias constantemente, según el Observatorio de la Democracia de la Universidad de los Andes (2021, p.8). Con eso en mente, es fundamental identificar múltiples tipos de violencia que se encuentran dentro de la investigación.

Uno de los más sutiles es la **violencia simbólica**, a través de acciones que, aunque no implican un contacto físico, refuerzan estereotipos de género y buscan minimizar a la víctima. Según Yugueros (2023), la violencia simbólica sostiene y promueve patrones de desigualdad de género y micromachismos, que sirven como base a otro tipo de violencias.

Explorando más a fondo el término de micromachismos, Luis Bonino (1998) es quien empieza a introducir dicho concepto para nombrar la forma en la que el dominio masculino se mantiene y perpetúa en nuestra cultura, sin embargo, se definen como “micro” porque son

casi imperceptibles y hasta considerados normales. Algunas de las formas de estos que Bonino (1998) menciona en su trabajo son: Intimidación, control del dinero, seducción forzada, apelación a la “superioridad” de la “lógica” varonil, entre otros.

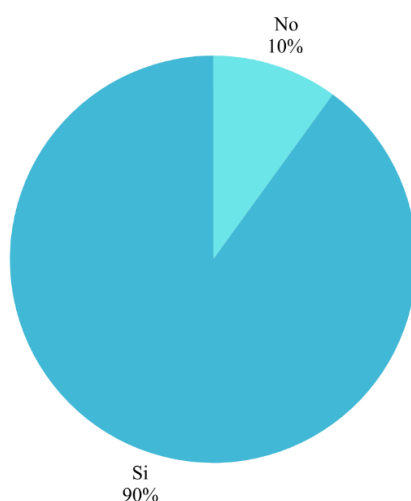
Esos micromachismos que para muchos son comunes, se conectan directamente con la **violencia estructural** mencionada anteriormente, porque son comportamientos o actitudes que surgen a partir de un sistema patriarcal, en donde las mujeres comunicadoras y periodistas no son solo víctimas, sino también relatoras activas de esas desigualdades en el departamento del Cauca (Galtung, 1969).

Partiendo de ello, según los relatos de las entrevistadas podemos encontrar este tipo de violencia en las intenciones de coquetear con ellas, buscando manipular ciertas situaciones. Igualmente, en la reafirmación de la autoridad masculina dentro de los espacios laborales e incluso, en la forma en la que despectivamente se les llamó “niñita” o se les pedía que se controlaran cuando simplemente se oponían a una idea y estaban dando su opinión.

Al consultarles si alguna vez en su entorno laboral han desestimado sus aportes o han buscado intimidarlas, estas fueron las respuestas:

Figura 1

Desestimación e intimidación a mujeres periodistas y comunicadoras.

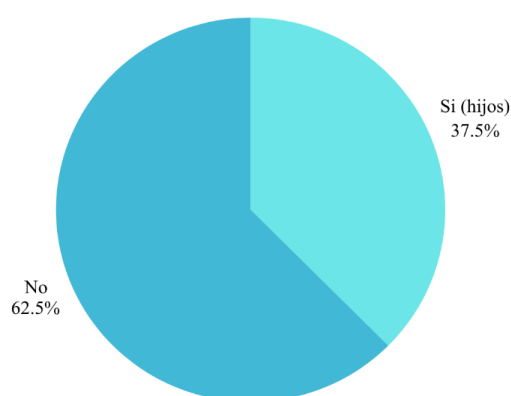


Fuente: Elaboración propia.

Aquí se hace evidente una gran inclinación hacia un entorno hostil para las mujeres que ejercen el periodismo y la comunicación; de hecho, según la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2018), es fundamental que los protocolos y mecanismos de protección que reconozca que las mujeres periodistas enfrentan formas específicas de **violencia de género** como el acoso, violencia sexual y violencia digital, las cuales requieren estrategias de atención especializadas. Asimismo, es necesario considerar factores personales y familiares, por ejemplo, las responsabilidades de cuidado de hijas, hijos u otras personas. En ese sentido, se les preguntó a las entrevistadas si tenían personas a su cargo y los resultados fueron:

Figura 2

Mujeres periodistas y comunicadoras que tienen hijos u otra persona a su cargo.



Fuente: Elaboración propia.

El resultado fue que el 37.5% de las encuestadas, ejercen la maternidad. En el caso de Ismenia, ella reconoce que, por el ejercicio del periodismo, no pudo estar tan presente en la vida de sus dos hijas y ambas, confirmando en cierto sentido que su relación fue algo distante.

Por otro lado, Olga Portilla, relata que ella se retiró del oficio cierta parte de su embarazo, pero que le fue posible hacerlo porque contaba con una red de apoyo que la ayudó en todo el proceso. Sin embargo, ella regresó al periodismo y es posible reflexionar alrededor

de que sigue existiendo un juicio constante hacia las mujeres que deciden seguir trabajando como si esto constituyera una forma de abandono hacia sus hijos, y que da paso a la perspectiva propuesta por Gallagher (1981), en la cual las mujeres periodistas no presentan únicamente desafíos laborales, sino que en general, son víctimas de desigualdades estructurales que transforman sus realidades y moldean sus formas de vivir.

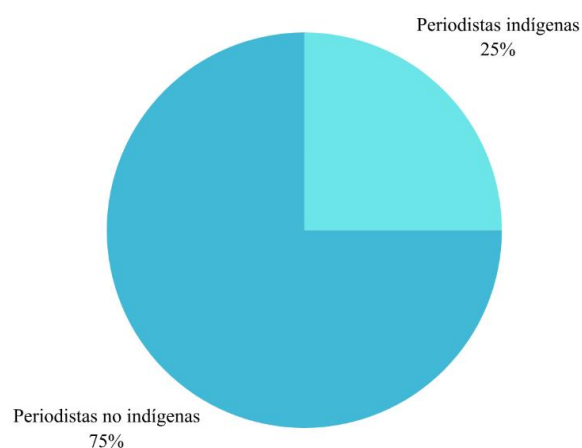
En el caso de Diana Jembuel, mujer indígena, sus constantes viajes y pasos por los territorios le han permitido involucrar activamente a sus hijos y a su esposo los procesos comunicativos, abordando estos desde una postura de la lucha y respeto, en donde es fundamental la presencia de la niñez indígena.

Tanto a Ismenia, como a Olga y a Diana, se les consultó si la maternidad influye o influyó en su carrera y la respuesta de todas, fue sí.

Ahora bien, focalizándonos en las mujeres indígenas, se debe reconocer que la experiencia de Diana Jembuel y la de Diana Collazos, son distintas. En esta muestra, ellas representan al 25% de la entrevistadas, y al leer sus historias de vida se puede evidenciar una relación que, aunque más cercana con el territorio, lamentablemente también ha hecho más difíciles los procesos de comunicación.

Figura 3

Mujeres periodistas y comunicadoras indígenas.



Fuente: Elaboración propia.

Las personas indígenas son casi el 4% del territorio colombiano, y hoy en día siguen luchando por la posibilidad tanto de narrar desde lo propio, como de tener una representación más justa y realista en los medios (Higuera, 2024).

Con esto en cuenta, podemos evidenciar como las estructuras hegemónicas, siguen atentando contra las identidades indígenas que, en añadidura a lo anterior, siguen siendo sometidas a **violencias de todo tipo**, a la estigmatización y a la falta de libertades para ser y hacer lo que valoran en la vida, teniendo en cuenta la teoría de los derechos humanos (Sen,1999).

En ese orden de ideas, ya los entornos de las entrevistadas y sus matices permiten construir un panorama en el que encontramos una serie de desigualdades que condicionan la labor, pero ¿En dónde queda el territorio?

Pues lejos de ser únicamente un espacio geográfico, el territorio y los acontecimientos que mencionamos ocurrieron y ocurren allí, se convierten en la evidencia de la crudeza de la guerra, en parte desencadenada del abandono estatal y el desconocimiento dentro de los privilegios de quienes nunca han tenido que despertarse asustados por un explosivo, de quienes jamás han pensado más allá de sí mismos.

Por eso, el periodismo se establece como una zona de resistencia, en donde las mujeres comunicadoras y periodistas se enfrentan a todos aquellos actores que buscan limitar su forma de resistir y relatar. De esta manera, también sobresale el coraje de poder enfrentarse a los entornos hostiles en donde las armas y la violencia son usados para promover el silencio y las desigualdades, aun sabiendo que nombrarse mujer, es someterse a un riesgo más elevado.

Dicho de otra forma, las mujeres decidieron desafiar las formas en las que se difunde la información, no haciendo referencia al método sino al contenido, porque, aunque sacar una noticia represente un enorme riesgo, es más peligroso no poder serle fiel a los principios

éticos de la comunicación y el periodismo.

Además, entre sus formas de asumir el trabajo, es fundamental darle el reconocimiento al cuidado de la salud mental, ya que todas las entrevistadas mencionaron que estar en entornos de riesgos constantes las llevaron a evidenciar un desgaste en el factor emocional, por lo que el ponerse límites sanos, se vuelve una herramienta de autocuidado.

En esa misma dirección, reconciliarse con la sensibilidad es fundamental, y recuerdan con gran cariño los momentos en los que se permitieron confiar, tejer redes, cuidarse y acompañarse. Principalmente, por esa tendencia de las mujeres de ver más allá de lo que es obvio, como lo mencionó Yolanda Ramírez, llevando a que el oficio no solo se perciba como una carga física o mental, sino como la posibilidad de actuar políticamente e incidir en la realidad de otros desde la empatía y el corazón.

Según Galtung (1996), es fundamental ofrecer esa mirada profunda en donde se hace cobertura, no limitarse a la violencia externa, sino ofrecer la posibilidad de profundizar en las causas de ese dolor, porque eso es una apuesta por la memoria y la búsqueda de la no repetición, iniciativa que se identifica en los relatos e historias de vida.

En síntesis, las mujeres comunicadoras y periodistas han identificado en su camino tanto profesional, como personal, la forma en que las desigualdades sociales las afectan por condiciones de género, sin embargo, estos escenarios han servido como un impulso para habitar con más fuerza el territorio, aprendiendo a cuidarse, abrazarse a sí mismas y enfrentarse a estructuras patriarcales, armadas y dominantes.

Conclusiones

El análisis de las experiencias de las mujeres comunicadoras y periodistas en el Cauca permitió concluir y confirmar que existen factores diferenciales para las mujeres que ejercen estos trabajos, principalmente cuando se profundiza en el tema del conflicto armado, porque es ahí cuando se pueden vincular muchas más dimensiones de la violencia, bien sea física, estructural, simbólica, emocional, étnica, entre otras.

Ahora bien, los actores armados, tanto estatales como ilegales, no solo disputan el control territorial, sino el control sobre la información, por lo que se encuentra una causalidad entre posturas, publicaciones o denuncias hacia ellos y la aparición de amenazas e intimidaciones, en donde las mujeres se encuentran más expuestas a violencias de género y de índole sexual. Desde esa perspectiva, son sometidas a casos de deslegitimación, estigmatización e incluso censura, condiciones que pueden llegar a afectar profundamente su salud mental y física.

Esta realidad evidencia que más allá de los medios y de lo visible, existen situaciones que modifican la labor, entre ellas la maternidad, que, aunque no representa la imposibilidad de ejercer, si transforma la manera de relacionarse con el contexto y se vuelve otra forma de resistir ante los estereotipos de género, reafirmando que el rol del cuidado también constituye un acto de valor.

Esta investigación fue muy significativa porque permitió resignificar la comunicación y el periodismo de las mujeres, convirtiéndolo en una gratificante mezcla de sensibilidad, fuerza, lucha y corazón. Estableciendo así, la invitación a conocer el territorio que habitamos, a leer y a consultar sobre su historia, su gente, para permitirse conocer más que las capitales y los edificios que impiden ver un poco más allá (o más acá).

Finalmente, estas conclusiones se constituyen desde la resistencia y el corazón de las mujeres que resignifican al Cauca a través del poder de la información, como actoras políticas

que no dejan atrás lo sensible, y que tienen la capacidad de construir día a día memoria y paz.

Este trabajo constituye una búsqueda de un espacio político y social para las mujeres periodistas y comunicadoras, con garantías, oportunidades y libertad, haciéndolas acreedoras del reconocimiento que tanto merecen, nombrándolas para que existan.

Referencias

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). (2011). La violencia tiene mil caras: Guía para profesionales y comunicadores/as de medios de comunicación en violencia contra las mujeres.
<https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/Publicaciones/2011/7522.pdf>
- Beltrán, E. M., & Villaneda Vásquez, A. (2020). La investigación-creación como producción de nuevo conocimiento: perspectivas, debates y definiciones. *Índex, Revista de Arte Contemporáneo, CAV*, (10), 247-267.
<https://revistaindex.net/index.php/cav/article/view/339/314>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2009) *Memorias en tiempo de guerra: repertorio de iniciativas*, Puntoaparte Editores.
<https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2079033/>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *La palabra y el silencio: La violencia contra periodistas en Colombia (1977–2015)*. CNMH.
<https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/periodistas/pdf/la-palabra-y-el-silencio-violencia-contra-periodistas.pdf>
- Consejo de Redacción. (2021). *Historias de mujeres que construyen paz en los territorios*.
<https://consejoderedaccion.org/especial/historias-de-mujeres-que-construyen-paz-en-los-territorios/>
- Corporación Nasa Kiwe. (2023). *Misión – Visión de la Corporación Nasa Kiwe*.

<https://www.nasakiwe.gov.co/corporacion-nasa-kiwe/mision-vision-de-la-corporacion-nasa-kiwe/>

Galindo Salazar, A. G. (2011). Las tensiones de la memoria. *Revista Esfera*, 1(2), 47–57. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Gallagher, M. (1981). *Unequal opportunities: The case of women and the media*. UNESCO.

Galtung, J. (1969). Violence, peace, and peace research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167–191. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>

Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means: Peace and conflict, development and civilization*.

Garcés-Prettel, M., Jaramillo-Echeverri, L., Arroyave-Cabrera, J., & De-Ávila-Majul, A. (2019). Libertad de prensa y conflicto armado en Colombia: Un análisis desde la autonomía profesional percibida por los periodistas colombianos. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 16(32), 41–57.

Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures: Selected essays*. Basic Books.

Gil, L., Cortés Casas, J., & Toledo, A. (2021). *Guía breve para mujeres periodistas: Periodismo de género sensible al conflicto y medidas de protección digitales y en terreno*. Consejo de Redacción; International Media Support.

Hernández Castillo, R. A. (2021). Etnografía feminista en contextos de múltiples violencias. *Alteridades*, 31(62), 41–55.

<https://doi.org/10.24275/uam/izt/dcsh/alteridades/2021v31n62/hernandez>

Higuera, S. (2024, 30 de septiembre). En Colombia, periodistas indígenas están rompiendo barreras para establecer su lugar en radio, televisión y cine. *LatAm Journalism Review*. <https://latamjournalismreview.org/es/articles/en-colombia-periodistas-indigenas-estan-rompiendo-barreras-para-establecer-su-lugar-en-radio-television-y-cine/>

Lindsey, C. (2002). Las mujeres ante la guerra: Estudio del Comité Internacional de la Cruz Roja sobre los efectos de los conflictos armados para las mujeres. Comité Internacional de la Cruz Roja. https://www.icrc.org/sites/default/files/external/doc/es/assets/files/other/icrc_002_079_8_women_facing_war-spa.pdf

López Gómez, D. (2025). La culpa siempre tiene voz de mujer: los micromachismos en escenarios públicos. *Revisitus Cientificus*, 1(2). <https://doi.org/10.64304/rac.v1i2.21>

López Linares, C. (2024, 12 de septiembre). Estigmatización, precariedad laboral y violencia. *LatAm Journalism Review*. <https://latamjournalismreview.org/es/articles/zonas-rurales-colombia-periodismo-local/>

Mascarenhas de Miranda, L. (2019, 27 de mayo). Memoria individual y colectiva. Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP).

<https://unicamp.br/es/unicamp/ju/noticias/2019/05/27/memoria-individual-e-coletiva/>

Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. (2021). Investigación + Creación:

Definiciones y reflexiones (Código M601PR04G02).

https://minciencias.gov.co/sites/default/files/ckeditor_files/M601PR04G02%20Investigacion%20%2B%20Creacion%20-%20Definiciones%20y%20reflexiones.pdf

Observatorio de la Democracia de la Universidad de los Andes. (2021). Violencia de género en contra de las mujeres periodistas en Colombia. https://obsdemocracia.org/wp-content/uploads/2021/06/Informe_NEHDC.pdf

Piedrahita, N., Restrepo, O., & Cruz Lopera, J. (2022, 8 de marzo). Relatoras del conflicto armado en Colombia. Universidad de Antioquia – UdeA Noticias. [https://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/udea-noticias/udea-noticia!/ut/p/z0/fYw9C8IwGIT_ikvHkDTGVMfiIliDg0ibRV6aoG_NR5um4s-31UFcXI6747mjilZUeXjgFRIGD3bKtZKX9WbL81KwA5NCslIexargu-XpzOieqv_A9IBt36uSqib4ZJ6JVl2ICeyoDWQMht90C858_KwLHxI2CEPG3muPOs zUt-5MxKCxCWAdOEgmZkwjEG2IBeLG1kRidJEL4iByxjnt7qp-ARr3Jpc!/?](https://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/udea-noticias/udea-noticia!/ut/p/z0/fYw9C8IwGIT_ikvHkDTGVMfiIliDg0ibRV6aoG_NR5um4s-31UFcXI6747mjilZUeXjgFRIGD3bKtZKX9WbL81KwA5NCslIexargu-XpzOieqv_A9IBt36uSqib4ZJ6JVl2ICeyoDWQMht90C858_KwLHxI2CEPG3muPOs zUt-5MxKCxCWAdOEgmZkwjEG2IBeLG1kRidJEL4iByxjnt7qp-ARr3Jpc!/)

Pontificia Universidad Javeriana. (2021). Violencia de género contra mujeres periodistas: Análisis de sus normativas y protocolos.

<https://repository.javeriana.edu.co/items/1c58f2b4-8b95-4855-b2eb-cdbe5b953a7b>

Red Ética / Fundación Gabo. (2025). El periodismo feminista como resistencia en tiempos de conservadurismo extremo y violencia digital. Fundación Gabo.

<https://fundaciongabo.org/es/etica-periodistica/entrevistas/el-periodismo-feminista-como-resistencia-en-tiempos-de>

Rico Muñoz, A. (2021). El conflicto armado colombiano con ojos de mujer (Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana).

<https://apidspace.javeriana.edu.co/server/api/core/bitstreams/cef4aa28-19d0-4592-88a0-4685c7d28d8c/content>

Rodríguez Pizarro, A. N., & Ibarra Melo, M. E. (2013). Los estudios de género en Colombia: Una discusión preliminar. *Sociedad y Economía*, (24), 15–46.

<https://doi.org/10.25100/sye.v0i24.3977>

Romero Sáenz, F. (2019). Balas de tinta: La presencia del periodismo en el conflicto armado (Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje). <https://files.core.ac.uk/download/323367368.pdf>

Sen, A. (1999). Development as freedom. Alfred A. Knopf.

Silva-Cañaveral, S. J. (2016). La investigación-creación en el contexto de la formación doctoral en diseño y creación en Colombia. *Rev.investig.desarro.innov*, 7(1), 49–61. <https://doi.org/10.19053/20278306.v7.n1.2016.5601>

Storm, H., & Williams, H. (Eds.). (2012). No Woman's Land: On the frontlines with female reporters. International News Safety Institute. https://newssafety.org/media/resources/pdf/no-womans-land_2021pdf.pdf

UNESCO. (2023, mayo 16). Safety of women journalists. <https://www.unesco.org/en/safety-journalists/safety-women-journalists>

Wolfe, L. (2012, febrero 16). Attacks on the Press in 2011: Changing Views on Sexual Assault. Committee to Protect Journalists. <https://cpj.org/2012/02/attacks-on-the-press-in-2011-the-changing-views-on/>

Yugueros Gutiérrez, T. (2023, diciembre 20). Violencia simbólica y micromachismos. PrevenciónViolencia.org. <https://prevencionviolencia.org/violencia-simbolica-y-micromachismos/>